

INVITAD UN MONSTRUO A CENAR

CURTIS GARLAND

¿Es el monstruo quien siempre produce el terror?

Tal vez sí, por una serie de factores temporales que sería inoportuno mencionar, pero… ¿qué sucede cuando el monstruo puede ser la víctima… y el Hombre, el verdadero motivo de error para todos nosotros?

Eso puede suceder a cualquiera. A vosotros mismos, lectores, sin ir más lejos. Para ello, haced algo sencillo. Por ejemplo… INVITAD UN MONSTRUO A CENAR.



Curtis Garland

Invitad un monstruo a cenar

Bolsilibros: Selección Terror - 72

ePub r1.0
Titivillus 10.03.15

Título original: *Invitad un monstruo a cenar*
Curtis Garland, 1974
Diseño de cubierta: Francisco González Vilanova

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





SELECCION
TERROR

¿Es el monstruo quien siempre produce el terror?

Tal vez sí, por una serie de factores temporales que sería inoportuno mencionar, pero… ¿qué sucede cuando el monstruo puede ser la víctima… y el Hombre, el verdadero motivo de error para todos nosotros?

Eso puede suceder a cualquiera. A vosotros mismos, lectores, sin ir más lejos. Para ello, haced algo sencillo. Por ejemplo… INVITAD UN MONSTRUO A CENAR.

«… Él y su mujer, la anciana que me había recibido, se miraron con temor. Cuando le pregunté si conocía a mi anfitrión, y si podía decirme algo de su morada, tanto él como su mujer se persignaron, diciendo que no sabían nada de nada, y negándose a agregar más…».

Drácula, de Abraham Stoker.

PRIMERA PARTE

LOS INVITADOS

CAPÍTULO I

(Del relato de Ross Haggard)

Creo que jamás olvidaré aquel viernes.

Parecía que iba a ser uno más. Como tantos otros, desembocando en un placentero *week-end* sin más emociones que unas aburridas tertulias, unos cuantos juegos de *bridge* o de *pinacle*, alguna excursión campestre —si el tiempo colaboraba—, y quizá, quizá, incluso hubiera la insólita fascinación de una partida de caza en el bosque, para cobrar cualquier pieza de escasa monta.

Cuando menos, es lo que yo pensaba desde que recibí el singular tarjetón orlado en oro y con aquellas breves palabras de invitación a un fin de semana estrictamente social:

> *LORD MALCOLM CONRAD tiene el honor de invitar a usted, SEÑOR ROSS HAGGARD (escritor), a la cena especial del sábado día 4 de mayo, en su propiedad privada de Moon-Star Island, que formará parte del FIN DE SEMANA FELIZ dedicado a las más notables personalidades londinenses del año.*

Una larga y curiosa redacción en columna corta, con orlas también doradas, y el escudo nobiliario de lord Conrad, el anfitrión. Dentro, un breve resumen de actividades sociales y gastronómicas, en la segunda hoja de cartulina granulada, color ocre:

> *Viernes, noche:*
> *Partida en el yate North Sea, a las 8 en punto p. m. Cena a bordo.*
>
> *Sábado por la mañana:*
> *Llegada a Moon-Star Island, aproximadamente a las 10 a. m., tras el desayuno a bordo.*

Instalación inmediata de los invitados en sus alojamientos respectivos.

A las 12 en punto del mediodía, recepción personal de lord Conrad a sus invitados. Almuerzo.

Tarde, a gusto de los señores invitados. Excursiones, juego, visitas a la isla, diversiones, charla, etc. A las cinco, té especial en el Pabellón de Caza. Si el tiempo lo permite, disposición de los planes de cacería que lord Conrad ha previsto en honor de sus huéspedes, dentro de la propia isla, como coto reservado.

A las 8 cena. Velada-sorpresa, a las 10.

Posteriormente, el domingo, se emprenderá el regreso a Londres, en el yate North Sea, a mediodía.

NOTA: Este programa podrá sufrir alguna alteración, si a los invitados así les place, siempre a su entera satisfacción personal.

Debo confesar que la invitación me sorprendía en todo. En sí misma, porque yo no conocía personalmente a lord Conrad; y en su propia confección, porque parecía más un programa de festejos que una formal invitación hecha por alguien de la condición social y económica del famoso aristócrata.

Famoso, precisamente, por sus fiestas, su fortuna y sus caprichos. Y sus cacerías, naturalmente. Los safaris emprendidos por él en África y Asia habían sido muy comentados por la buena sociedad británica, y también por los periódicos.

Seguía pareciéndome sorprendente que alguien como lord Conrad se hubiera acordado de mí. Yo no era precisamente un hombre brillante, socialmente hablando.

Sólo un periodista aceptable, autor de algunos libros, y poca cosa más. Cierto que ese año habla obtenido el Premio Windsor a la mejor serie de reportajes, y que también una sociedad literaria de algún prestigio en Londres, me había galardonado uno de mis libros con una recompensa sonora, pero escasamente reproductiva en lo económico.

Muy poco, a mi juicio, para haber merecido semejante honor. Pero ya que figuraba en la lista de invitados, siempre envidiable y envidiada, de un hombre como lord Malcolm Conrad, era cuestión de aceptarlo sin protestas.

Y acepté.

Acepté la invitación para aquel fin de semana, y creo que nunca

imaginé la trascendencia de mi decisión. De haber sabido cuanto iba a suceder horas más tarde, quizá me hubiera apresurado a rechazarla, con los cabellos erizados por el horror.

Pero a fin de cuentas, en aquellos momentos nadie podía imaginarse lo que sucedería, ni el *week-end* en la isla de lord Conrad parecía ofrecer el menor peligro, a menos que el yate naufragase, o cosa parecida.

De ese modo completamente vulgar, yo, Ross Haggard, escritor y periodista, me vi sumergido en la pesadilla más aterradora que jamás pudo soñar un ser humano. En un auténtico caos dantesco, sin precedente posible.

En aquellos momentos, no tenía el menor elemento de juicio para sospechar el futuro. Y de habérmelo dicho alguien o haberme hecho la menor sugerencia, lo hubiera rechazado, con incredulidad, burlándome incluso de esa persona y de sus premoniciones.

Tal vez Honor fue la primera en hacerlo de alguna forma. Sí, estoy seguro, volviendo la vista atrás, de que ella, Honor Shelley, fue la primera persona —y quizá la única—, en sugerirme algo horrible pero indefinido, cuando hablé de la invitación.

Tuve que hacerlo, precisamente porque Honor era la muchacha más afectada por el asunto. Ella y yo habíamos resuelto pasar juntos el fin de semana aquél, y la invitación de lord Conrad trastocaba nuestros planes. Cierto que yo podía rechazarla por no desairar a Honor, pero por otro lado, era importante relacionarme con la mejor sociedad londinense, y aquélla seria, tal vez, una ocasión realmente única. Honor lo entendería así, estaba seguro de ello.

Y Honor lo entendió.

Se limitó a escucharme en silencio cuando le expuse el caso. Y, finalmente, asintió, con un leve movimiento de su cabeza de cabellos color de miel.

—Sí, Ross —dijo con sencillez—. Creo que debes ir a esa reunión.

—Esperaba que lo comprendieras así, Honor —suspiré con alivio.

—Claro que lo comprendo —sonrió ella—. Yo también iría, de haber sido invitada a algo semejante, créeme. No todos los días se acuerda un noble de que uno existe, y le hace partícipe de una reunión social tan destacada e importante. Puedes conocer a gente

destacada, y ellos conocerán a Ross Haggard. Nosotros podemos elegir cualquier otro fin de semana para nuestra excursión.

—Eres adorable —elogié, oprimiendo sus manos con calor.

Honor me contempló risueña. Había en sus pupilas jaspeadas, de un gris verdoso, profundo y vivaz, como cierta decepción interna, que disimuló con su proverbial jovialidad. Me animó con sus palabras entusiastas:

—Adelante, Ross. Estoy segura de que esto puede influir mucho en tu vida y en tu futuro. Y porque el viernes sea cuatro de mayo, no tiene por qué ser diferente la cosa, ¿no te parece?

—¿Cuatro de mayo? —Arrugué el ceño, sorprendido, mirándola con curiosidad—. ¿Por qué dices eso?

—Oh, ¿es que no lo sabías? —Puso una especie de cómica expresión de severidad y angustia—. Tendrías que leer a algunos autores que desprecias, Ross. Así sabrías que el cuatro de mayo es la víspera de San Jorge. Y, según algunos, cuando el reloj marca la medianoche de ese día, todas las cosas demoníacas del mundo alcanzan su pleno poder…[1] ¿Nunca oíste decir eso?

—No, nunca —confesé asombrado—. ¿Hablas en serio?

—Por completo —Rió ella—. Deberías leer a Bram Stoker. Aunque no creas en su relato de vampiros, era un irlandés y hay que concederle cierto margen de confianza.

—Oh, claro —solté una carcajada—. Y tú, también eres irlandesa.

—Exacto. De todos modos, estoy segura de que es una simple casualidad, querido. No va a ocurrir nada malo porque sea en esa fecha el viaje a esa isla. Después de todo, la vida real se diferencia bastante de la de esos engendros que yo interpreto para el cine y la televisión, ¿no te parece?

Asentí, riendo. Ciertamente, Honor poseía a mi juicio mucho más talento que para hacer las películas y guiones de TV que hacia normalmente. Pero su productora la consideraba la chica idónea para aparecer en las garras de cualquier monstruo cinematográfico, de esos que, desde *King Kong* a nuestros días han representado el mito de la bella y la bestia, y no sólo por su rostro bonito y su gesto angustiado en tales situaciones, sino también en gran parte por su anatomía, tan útil al lanzamiento comercial del producto de turno.

Pero Honor se sentía satisfecha por el momento, dada su

juventud, de la carrera emprendida como actriz, y a ello contribuía al hecho de que hubiera alcanzado en breve tiempo una indiscutible popularidad entre los espectadores de cine y televisión de Gran Bretaña.

Aquel jueves comimos juntos, en la cafetería de los estudios, adonde había ido a verla para comunicarle la sorpresa de mi invitación a la isla de lord Conrad. Desde allí me dirigiría a la redacción de mi periódico, para escribir la crónica habitual, en la columna a mí reservada. Pensé que mi viaje del fin de semana, iba a darme seguramente tema para algunas columnas. Si me hubieran dicho la clase de tema que me estaba reseñado, creo que hubiese pensado más bien en una serie de volúmenes y no de crónicas periodísticas.

O tal vez me hubiera vuelto atrás, rechazando en redondo semejante invitación.

Pero no hice nada de eso. Me limite a esperar aquel viernes singular, con una cierta impaciencia, incluso.

La segunda sorpresa la tuve aquella noche, cuando llegaba a mi casa, tras abandonar la redacción del periódico, una vez terminado mi trabajo.

Estaba sonando el teléfono insistentemente, apenas pisé el vestíbulo. Corrí a descolgarlo, antes de que cesara la señal.

—¿Sí? —indagué, casi sin aliento.

—Ross, soy yo, Honor —oí su deliciosa voz al otro extremo del hilo.

—Oh, no esperaba que llamases. Acabo de llegar…

—Lo imagino. Te he llamado varias veces. Tenía que decirte algo, Ross.

—¿Algo importante? —Fruncí el ceño, intrigado.

—Puede serlo, sí. Por eso, me apresuré a llamarte. Ha sucedido hoy, apenas volví de los estudios. Estaba entre el correo de última hora, en casa.

—¿Qué es lo que estaba, Honor?

—La invitación.

—¿Qué?

—Es curioso, Ross… También a mí me han invitado a la isla de la Estrella Lunar… Lord Conrad me ha incluido en su lista de invitados. ¿No es sorprendente?

Tuve que admitir que sí. Era muy sorprendente.

Y, no sé por qué, es la primera vez en que, apenas definido, sentí un leve e injustificado desasosiego…

* * *

El viernes a mediodía, recibí una llamada telefónica en mi periódico. La atendí personalmente. Una suave, educada voz de mujer, me habló a través del hilo:

—¿Señor Haggard? Aquí la residencia de lord Malcolm Conrad.

—Sí, soy yo mismo —asentí—. ¿Qué es lo que desean?

—Ante todo, preguntarle si obra en su poder la invitación remitida para este fin de semana, señor Haggard.

—Sí, la he recibido en su momento oportuno.

—Bien, señor Haggard. ¿Piensa asistir?

—Pues… sí. Creo que sí.

—Excelente. Lord Conrad se sentirá muy honrado con la asistencia de todas las personas invitadas. Le ruego tome nota de un último detalle: esta tarde, a las seis y media en punto, un automóvil pasará a recogerle por su domicilio, para trasladarle a bordo del yate *North Sea*, situado en el estuario del Támesis.

—Correcto —asentí—. Estaré en casa en ese momento.

—Gracias. Así lo esperamos. En caso contrario, le agradeceríamos nos hiciera saber, por teléfono, cualquier alteración en sus planes, para preverlo todo.

—No se preocupe. No espero alteración alguna.

—Es todo, señor Haggard. Le quedo muy reconocida, en nombre de lord Conrad.

Colgaron, antes de que pudiera hacer ninguna otra pregunta. Me quedó en el oído el grato recuerdo de aquella suave voz femenina, culta y profunda, digna de una actriz teatral del *Old Vic*.

Arrugué el ceño, mientras volvía a mi trabajo periodístico. Todo aquello era asombroso. El interés de lord Conrad por todos y cada uno de sus invitados, la forma de preocuparse en recogernos a domicilio… Me dije que podía haber preguntado la razón de que Honor Shelley, una joven actriz de cine y televisión, figurase junto a mí, un reportero de actualidad, en el mosaico de invitados elegidos

por lord Malcolm Conrad.

Pero era tarde. Ya habían colgado, y no era cosa de buscar el teléfono del aristócrata para hacer semejante pregunta. Lo más correcto era esperar a aquella tarde, y ver quiénes éramos los invitados de la singular fiesta en la isla Moon-Star.

A las seis y media de la tarde de aquel día, nublado y húmedo, empezaría la respuesta a mis interrogantes. Después de todo, aquello parecía obedecer simplemente al mero capricho de un hombre demasiado rico, que no sabía en qué divertirse. Pero a pesar de ello, poco poseíamos sobre una determinada personalidad británica.

Y esa personalidad, naturalmente, era lord Malcolm Conrad.

* * *

Lord Malcolm Conrad.

Cincuenta y seis años. Único heredero de los Conrad, oriundos de Escocia. Gran fortuna personal. Famoso por sus colecciones de monedas y filatelia. Propietario de grandes extensiones en el norte de las Islas Británicas. Dueño de un islote situado en el mar del Norte, frente a las costas de Middlesbrough, llamado Moon-Star Island. Gran cazador, experto en safaris y en cacerías mayores en diversos lugares del mundo…

Ésos eran algunos de los datos allí consignados. Los estudié con calma, y me pregunte si todo ello me definía de alguna forma a mi anfitrión. Tuve que confesarme que en absoluto. Cierto que también se aludía allí a espíritu caprichoso, generosidad, arrogancia, orgullo aristocrático y un montón de cosas más. Y terminaba con un dato sorprendente, que me intrigó y no dejó de divertirme.

Lord Malcolm Conrad era un convencido de la existencia de ciertos hechos no admitimos por la razón ni por la ciencia. Al menos, era lo que se deducía de una obra por él escrita, y considerablemente vendida, no sólo en lengua inglesa, sino en sus traducciones al alemán, al ruso, al eslavo y al francés.

El libro se llamaba *Yo sé que existen los monstruos*. Y, según las referencias archivadas por mi periódico, era un estudio minucioso, casi de un rigor científico, sobre seres y criaturas tan

extraordinarios como los vampiros, los zombis, los mutantes… y los hombres-lobo o licántropos.

Era el resumen de mi estudio superficial sobre la personalidad de mi anfitrión. No podía sacar gran cosa en limpio de todo ello, salvo imaginar que era un excéntrico caprichoso, de singulares ideas, cultura e inteligencia, abundancia de medios materiales, y tan partidario del coleccionismo como de la caza mayor… y de los monstruos terroríficos de la mitología eslava, en su mayor parte.

Todo eso no parecía inquietante en absoluto, en especial para quien no tuviera la menor fe en la existencia de tal clase de ficción. Pero recordé algo curioso al respecto: estábamos a cuatro de mayo. Víspera de San Jorge. Según Honor, y según los propios ciudadanos eslavos, tan dados a supersticiones, esa medianoche empezarían a estar sueltos los espíritus del Mal.

Me reí de mis propias ideas. Honor interpretaba frecuentemente horripilantes guiones, saturados de monstruos al estilo de Drácula, el Hombre-lobo, Frankenstein o el doctor Jekyll y el inefable míster Hyde. Tal vez en tributo a su belleza y a su gracia especial para mostrar su horror tan generosamente como sus bonitas curvas. Honor había sido elegida por el aristócrata en su curiosa invitación para el *week-end* en Moon-Star Island.

Lo cierto es que unos momentos más tarde, había olvidado por completo mis divagaciones sobre el tema.

Y no volví a pensar en ello… hasta las seis y media de esa misma tarde del viernes, cuatro de mayo, cuando comenzaba a lloviznar fríamente sobre Londres.

Cuando un Rolls Royce negro, con chófer uniformado, vino a mi casa de Bond Street, a recogerme para conducirme a bordo del yate *North Sea*.

CAPÍTULO II

(Del relato de Ross Haggard)

Fueron tremendamente puntuales. No lo esperaba de otro modo.

Lord Conrad hacía sus cosas de modo riguroso. Y era, además, un digno ciudadano británico. No podía por menos de ser puntual. Y lo fue.

A las seis y treinta minutos, sonó el tintineo del timbre. Salí, con mi maletín y mi cartera de mano. Era todo mi equipaje. Un chófer silencioso, cortés y bien uniformado de azul marino, saludó con corrección, recogió mi valija, y me abrió la portezuela del Rolls tradicional y suntuoso. Viajaba yo solo, al parecer. Imagine una flotilla completa de automóviles de igual clase, recogiendo a todos los invitados. Por pocos que fuesen, constituía todo un alarde.

Partimos hacia el estuario del Támesis, en uno de cuyos muelles estaría anclado el yate de lord Conrad. La lluvia era menuda y fría. El cielo ofrecía un pálido gris oscuro sobre la capital. Parecía iniciarse un feo y sombrío fin de semana.

Cuando llegamos al yate, la lluvia arreciaba. Me pregunté cómo andaría de agitado el mar que teníamos que recorrer hasta el islote de lord Conrad. El yate era pequeño, pero confortable, dotado de radar y todos los adelantos precisos para una buena navegación. Calculé que una docena de personas podrían vivir cómodamente a bordo, incluso durante una travesía bastante larga.

Subí la escalerilla. Un hombre esperaba arriba, uniformado como un capitán de navío.

Me saludó casi militarmente. Le tendí mi tarjetón.

—Bienvenido a bordo, señor Haggard —saludó—. ¿Puede identificarse como tal por favor? No se moleste, es un simple requisito que solicita lord Conrad a sus invitados.

No me molestó, pero me resultó sorprendente. La demanda no tenía mucho de cortés ni ceremoniosa, en un caso así. Exhibí mi credencial de periodista, y le vi comparar incluso mi propio rostro con el de la fotografía. Luego, dibujó una sonrisa, y me devolvió el documento, tendiéndome la mano.

—Será un placer servirle en todo momento, mientras permanezca a bordo —dijo—. Soy Jeff Daniels, capitán del yate, y ayudante personal de lord Conrad.

—Gracias, señor Daniels —respondí, conciso—. ¿Soy acaso el primero en llegar a bordo?

—Oh, no —sonrió—. Ya hay tres invitados más. Puede pasar a reunirse con ellos en el salón. Por esa puerta, por favor. Hay un corredor con puertas laterales. Son los camarotes de los invitados. Al fondo está el salón.

Le agradecí la indicación, y caminé hacia el fondo. Conté hasta diez puertas de camarotes. Cinco a cada lado. Me pregunté si seríamos diez los invitados, o quizá menos.

Los tres personajes que aguardaban en el salón no me eran totalmente desconocidos. Al menos, uno de ellos. Honor ya estaba a bordo. Se volvió, complacida, al verme. Vino hacia mí.

—Oh, Ross, me alegra verte —suspiró—. Creí que finalmente no vendrías…

—No me perdería esto por nada del mundo —sonreí—. ¿Todo bien?

—Excelente. Ven, te presentaré a dos compañeros de *week-end*. Hemos sido los primeros en llegar a bordo. El señor Elliot Gilling, anticuario de Chelsea. Y el señor Gordon Castle, doctorado en Biología. Señores, mi amigo Ross Haggard, periodista.

—Es un placer —saludé a los dos.

—Lo mismo digo, señor Haggard —dijo Gilling, el anticuario.

—He leído algunas veces su columna —sonrió el doctor Castle, biólogo—. ¿Va a escribir la crónica de este fin de semana singular?

—Que yo sepa, nadie me ha dicho nada en ese sentido. Pero si encuentro tema de interés, no dude que lo escribiré.

—¿Le parece poco interesante que estemos reunidos aquí en este momento cuatro personas tan heterogéneas como un biólogo, un anticuario, un periodista y una actriz? —comentó, irónico, Elliot Gilling, que, sin duda, por razón de su oficio, era observador en los

detalles.

—Eso es cierto —convine—. Si a ello añadimos a lord Conrad, que es un aristócrata, tendremos ya cinco personas de lo más variado que pueda imaginarse.

—Yo puedo apuntarle un invitado que, cuando menos, tiene algo en común con lord Conrad —dijo apaciblemente el doctor Castle.

—¿De veras? —me interesé—. ¿Quién?

—*Sir* Clemence Hunt.

—¿*Sir* Clemence? —Enarqué las cejas—. ¿El cazador?

—El mismo. Rico, caprichoso, y fanático de la caza. Gran rival de lord Conrad en cinegética. Ambos rivalizan en reunir los ejemplares más fantásticos de piezas cobradas en sus safaris a África o Asia. Sé que *sir* Clemence está invitado. Me lo dijo él mismo. Es miembro de mi mismo club.

—Vaya, eso rompe un poco el mosaico —rió Gilling—. Pero puesto que hay jornada de caza en la isla… ¿qué mejor que desafiar al más directo antagonista, para que, de una vez por todas, uno de ambos demuestre su supremacía con la escopeta y los perros?

—Eso es cierto —convino Gilling, riendo—. Quizá sea lo único lógico en todo esto, porque yo nunca he cogido una escopeta en mi vida, salvo cuando he tenido en mi tienda algún raro ejemplar, un arma del siglo XVIII o XIX, para vender a mis clientes. No sabría atinar a un elefante atado e inmóvil.

—Yo tampoco —convino el biólogo. Se volvió a nosotros—. Como la señorita Shelley es de suponer que sólo pudiera llegar a cazadora de hombres, con semejante belleza, nos queda el señor Haggard. ¿Usted es buen cazador?

—No soy cazador en absoluto —reí, sacudiendo la cabeza—. Debo venir como observador. Quizá todos nosotros seamos el público que lord Conrad destine al *show* entre él y *sir* Clemence.

—Es muy posible —admitió Gilling, pensativo—. Yo me inclinaría hacia esa explicación si no fuera por algo que le resta posibilidades.

—¿Qué, exactamente? —me interesé.

Gilling nos soltó la bomba que no podíamos esperar en absoluto:

—En la isla Moon-Star nunca hubo caza alguna…, ni yo sé que la haya actualmente.

En aquel momento, a nuestras espaldas sonó una voz de mujer:

—Buenas noches, señores. Creo que soy el quinto invitado…

Nos volvimos, todavía bajo la impresión de extrañeza que nos producía el insólito comentario del anticuario.

Nos hallamos ante una mujer de belleza tan rara como impresionante.

* * *

—Mi nombre es Lee Strasberg —dijo ella, con voz serena, profunda y rica en matices—. Soy artista. Pintura y escultura. Quizá alguno de ustedes haya oído hablar de mí…

—El arte diabólico de Lee Strasberg —dijo, riendo, Elliot Gilling.

Ella, rápida, dirigió su mirada hacia el anticuario.

—Sí —dijo—. Veo que me conoce.

—*Los monstruos del miedo* —recité de repente—. Una obra alucinante, señorita Strasberg.

Ahora, sus ojos se fijaron súbitamente en mí. Capté en ellos un intenso centelleo.

—También usted me conoce. ¿Nos hemos visto alguna vez, señor…?

—Haggard —asentí, cortés—. Nos hemos visto, sí. Galería Real. Exposición del año pasado. Su obra mejor fue exhibida en aquellos momentos.

—Y vendida en diez mil libras esterlinas —rió ella, sardónica—. Su comprador, lord Malcolm Conrad.

Estudie su extraña, inquietante belleza, que no era la primera vez que aparecía radiante y casi fantástica ante mis ojos. Era difícil olvidar a una mujer como Lee Strasberg, cuando se la veía una sola vez. Quizá imposible.

Nadie puede olvidar unos ojos casi dorados, de puro ambarino y de puro luminosos. Ni dos arcos de cejas color azabache brillante, como su propio cabello, que parecía lacado, y más aún con aquel terso peinado, rematado en la nuca por un prieto moño, cruzado por un alfiler exótico, rematado en una curiosa piedra marrón, salpicada de partículas doradas. Nadie hubiese olvidado aquellas pestañas largas y sedosas, el trazo casi oblicuo de los ojos fantásticos, la nariz recta, casi helénica, los labios carnosos, bien

modelados.

Y la figura…

Era una asombrosa armonía viviente, un juego casi mágico e idealizado de lo que uno supone que ha de ser la mujer soñada e imposible. Alta, esbelta, escultural, altiva y dominadora con un raro e inexplicable magnetismo.

Lee Strasberg. Una mujer notable, incluso en Londres. En cualquier lugar del mundo donde uno pudiera encontrarla, seguiría siendo notable. Fuera de lo común, algo excepcional e insólito. Su largo traje brocado, negro y plata, era el adecuado complemento a su rara, sorprendente personalidad.

Además de todo eso, era una artista notable. Una pintora y escultora de una rara corriente modernista y, a la vez, con algo de un clasicismo barroco. Yo no soy crítico de arte. No entiendo el estilo de Lee Strasberg. Ni el de otros artistas. Pero recordaba que era la frase aplicada a ella, con motivo de su exposición en el Royal Hall, el año anterior. Y de la exhibición de su famosa obra. *Los monstruos del miedo*, comprada, según acababa de enterarme, por nuestro propio anfitrión, lord Conrad, en la fabulosa suma de diez mil libras. Fabulosa, especialmente, teniendo en cuenta que era una autora joven y poco conocida.

Ahora, se había escuchado algo más de ella y su obra. Bastante más, diría yo. El mosaico heterogéneo mencionado por el anticuario Gilling, se completaba así con otro elemento singular. Quizá el más sorprendente de todos.

Se cambiaron los saludos y presentaciones de cortesía, como era obvio. Ya nos habíamos reunido cinco invitados. Y parecían faltar más aún. Fue Honor quien hizo una pregunta que a nadie se le había ocurrido aún:

—Por cierto, ¿y lord Conrad? Se supone que el anfitrión recibe siempre a sus invitados…

Cambiamos miradas curiosas entre nosotros. El doctor Castle aventuró un comentario:

—Parece que le gustan las sorpresas. Quizá sea el último en venir. O acaso nos espere en su isla del mar del Norte.

—¿Y su esposa? —terció Gilling, frotándose el mentón, donde una barbita blanca, más bien rala pero bien cuidada, asomaba su blanco mechón—. Al menos, se supone que *lady* Conrad sí debería

estar presente…

—¿*Lady* Conrad? —me volví—. Oh, casi lo había olvidado. ¿Qué se ha hecho de una de las más elegantes damas de la City?

—Eso quisiera saber —masculló Gilling—. Es poco correcto que ninguno de ellos esté para recibir a los invitados. Pero imagino que ella sí estará a bordo, tarde o temprano. En cuanto a su esposo, no pondría la mano en el fuego, ciertamente. Como ha dicho muy bien el doctor Castle, es muy probable que nos aguarde en Moon-Star.

—Mientras no lo haga con una escopeta en la mano, esperándonos como piezas de su cacería… —dijo alguien, en la salita de recepción de a bordo.

Todos nos volvimos. Tras la majestuosa presencia de Lee Strasberg, que se había aproximado con indolencia a un suntuoso mueble-bar, provisto de música ambiental, para servirse un combinado, emergía el hombre que acababa de hablar.

Creo que reconocimos todos su persona inmediatamente. Aquella blanca melena crespa, el frondoso bigote blanco, propio de un coronel en plena guerra *boer*, la apariencia toda del hombre vigoroso, saludable, firme de convicciones y rudo de expresión, pese a cierta natural elegancia en el porte, correspondían al enemigo número uno de lord Conrad, en el terreno cinegético cuando menos.

Era *sir* Clemence Hunt, uno de los mejores cazadores del Reino Unido.

Entró con pisada recia, con una expresión agresiva en sus pupilas azules y muy claras, enrojecida su gruesa nariz, no sé si por el efecto del escaso sol británico, o porque le gustaba echar más de un trago frecuentemente.

Hubo algunas risas acogiendo el comentario sarcástico del aristócrata, que dejara la política algunos años antes, cuando, según sus palabras, se sintió demasiado viejo para decir a los demás lo que debían hacer, cuando él mismo no sabía qué decidir al respecto.

Gilling hizo observar entonces, aprovechando el momento:

—He comentado antes a estos señores mi ignorancia sobre la existencia de caza en Moon-Star Island, *sir* Clemence.

—¿Ignorancia? —Se volvió al anticuario, frunciendo el ceño—. Mi querido amigo, eso no es ignorancia. Sencillamente… *no hay* caza en ese feo islote.

—¿Entonces? —sugerí.

—No sé qué diablos de juego se trae entre manos mi querido amigo lord Conrad —farfulló el aristócrata—. Lo cierto es que no me sorprendería demasiado ver que ese endiablado hombre puebla súbitamente de animales feroces su propiedad, aunque los haya tenido que traer del último confín de la Tierra, y nos desafía a todos a una cacería absurda, en especial a mí, que le dejé en ridículo en el último safari celebrado en el Pakistán hace dos años.

Y con una risotada, se unió al grupo de los que bebían, siguiendo el ejemplo de la enigmática Lee Strasberg. Le vi llenarse casi un alto vaso de *scotch*, sin hielo. Ahora comprendí mejor la coloración rojiza de su abultada nariz.

Ya éramos media docena de invitados, repartidos en un porcentaje desigual entre ambos sexos. Y no sabíamos nada sobre el resto de los posibles participantes en la rara excursión. Recordando el número de camarotes existentes, pensé que no era posible un número mucho mayor de viajeros. Aunque existiera un camarote especial para lord Conrad, y otros para el capitán y piloto del yate, más algún miembro de la tripulación, había que contar con un máximo probable de diez invitados. Miré mi reloj. Era las siete y veinte minutos, exactamente. Afuera, llovía con intensidad. Podía escuchar el azote del agua contra los vidrios de los tragaluces de aquel salón semicircular, confortable y alegre.

Transcurrieron unos minutos. Serví un combinado a Honor, y yo me preparé un *whisky* con hielo. Nos apartamos del resto del grupo. Vi la mirada de ella fija en la Strasberg.

Curioso, me incliné hacia Honor. Quise saber:

—¿Te interesa ella?

Honor se sobresaltó ligeramente. Me miró, muy de cerca.

—Me inquieta —manifestó.

—¿Inquietarte? —Me sorprendí—. ¿Por qué? Es hermosa.

—Muy hermosa, sí. Y extraña. A un hombre puede atraerle. A una mujer le preocupa.

—¿Por ser extraña, o por ser hermosa? —sonreí.

—Por ambas cosas. No siento celos de ella, si es lo que sugieres.

—No tienes por qué sentirlos. Entre ella y tú… te elegiría a ti sin dudar.

—¿Por qué me elegirías a mí? —replicó ella vivamente—. ¿Porque te gusto más?

—Tal vez. Lo cierto es que lo haría así.

—¿No será porque… ella también te inquieta en el fondo? Si es hermosa, si tiene esa figura escultural, esa elegancia, ese magnetismo… ¿por qué elegir a una chica vulgar, como yo?

—No eres vulgar —reí entre dientes—. Ni mucho menos.

—Yo sé lo que quiero decir. Entre miles de mujeres, Lee Strasberg destacaría mucho más que yo. Eso, en sí, no es inquietante. Pero su mirada, su frialdad… No sé, Ross. Es una de esas cosas indefinibles, pero que existen y que tienen una razón de ser.

—¿Quizá te arrepientes de haber venido? —indagué.

—No sé. Ese comentario de Gilling, sobre la ausencia de caza, las dudas de *sir* Clemence… y la ausencia misma de lord Conrad… no me gustan. Luego, todo este misterio para reunimos aquí…

—Cielos, Honor, creo que estás influenciada por los temas de tus productores —solté una suave carcajada, de buena gana—. Sólo falta que llegara un monstruo, invitado a cenar. La última excentricidad del singular lord Conrad…

No sé por qué dije esa tontería. Pero Honor se estremeció, y al mírame noté extraña su mirada, curiosamente dilatadas sus pupilas, fijas en mí.

¿En mí? Instintivamente, supe que no. Miraba, si, con rara fijeza…, pero a otro lugar, a otra persona quizá. A mis espaldas. A algo o a alguien.

Giré la cabeza vivamente. Miré hacia la entrada del saloncito. Allí estaba el séptimo invitado.

Y, cosa rara. Estaba mirando con rara intensidad a Honor. Y también a mí. A pesar de que habláramos en voz muy baja, confidencial entre ambos, nos había oído.

Tuvo que oírme, cuando menos, para comentar fríamente, con una singular sonrisa, al dar unos pasos hacia adelante:

—¡Le aseguro, señor, que yo, al menos, no soy ningún monstruo… aunque pueda parecerlo!

Y, ciertamente, lo parecía. Un silencio sobrecogedor habíase extendido por todo el recinto, al paralizarse todas las conversaciones, y mantenerse fijas en él las miradas de nosotros seis.

CAPÍTULO III

(Del relato de Ross Haggard)

Era, realmente, un monstruo.

O, como él mismo dijera, lo parecía. Creo que todos pensaban igual, aunque unos lo expresaran más claramente que otros.

Vestía un largo abrigo negro, bien cortado. Manos enguantadas. Y sombrero, igualmente negro y flexible. Un paraguas brillante de lluvia, aparecía en una de sus manos, y se apoyaba en él como en un bastón.

Se había quitado el sombrero al entrar. Eso le hacía más repelente. Más monstruoso.

No sé lo que pudo causar aquello. Quizá ácidos. O un incendio, o una explosión. Fuera lo que fuese, el resultado era estremecedor. Pensé que los guionistas de las películas de Honor, hubiesen aprovechado su físico, sin postizo alguno, para provocar el pánico en los espectadores. Y, muy posiblemente, con éxito absoluto.

La monstruosidad comenzaba en su cráneo, pelado en parte por algo corrosivo, que tornó su piel rugosa y brillante. Salpicaduras de mechones de color indefinido, de pelo pobre y ralo, hacían más repulsiva esa calvicie anormal. Debajo de todo ello, el rostro era una auténtica máscara de fealdad y horror. Una faz rugosa, deforme, carcomida en parte. Un ojo dejaba ver la órbita, al estar destruido el párpado inferior. El otro, mostraba cicatrices en torno. No tenía cejas. La nariz aparecía deformada, la boca crispada, con los labios retorcidos en un eterno rictus sardónico, por una deformación provocada por el mismo hecho que, sin duda, destrozó el resto de su físico.

Aquel ser horrible era alto y, posiblemente, también era joven. Tras dejarse ver en toda su fealdad increíble y hasta angustiosa,

extrajo con calma unas gafas negras, muy amplias, y las ajustó sobre el manchón pálido que era su rostro convulso.

No mejoró mucho, pero cuando menos, sus desagradables ojos y las erosiones en torno de ellos, dejaron de ser visibles para todos nosotros. Avanzó luego, con un paso desigual, moviendo rígidamente una de sus piernas, sin duda víctima de una cojera que le hacía ir arrastrando el pie derecho.

—Lo siento —dije, dominándome—. No le había visto, ni me refería a usted o a persona alguna. Era un simple comentario divertido.

—A veces, hablar de monstruos no tiene nada de divertido, señor —me replicó—. Cualquiera de nosotros puede ser, repentinamente, un monstruo. La apariencia física no es eterna. Ni lo hermoso es siempre lo más perfecto.

Nadie le objetó cosa alguna. Era obvia la tensión que su presencia producía. Ni siquiera le habían tendido una mano o se esforzó nadie en presentarse.

Él parecía notar eso. Llegó al fondo del saloncito. Se detuvo allí, y nos contempló a todos, uno por uno. Note su peculiar, fría sonrisa irónica, que aún daba un aire más desagradable a su boca.

—Me llamo Cecil Waxman —dijo con sequedad—. Estoy invitado por lord Conrad a su fin de semana en Moon-Star Island. Espero que mi compañía no les resulte demasiado molesta. Si lo prefieren, llevo una máscara de goma en mi equipaje, con el rostro de un actor de moda. Cuando me lo pongo, soy bastante más aceptable.

Su sarcasmo hirió a algunos. Yo sonreí. Adelanté unos pasos, tendiéndole la mano.

—Ross Haggard —dije—. Celebro conocerle, señor Waxman. Carezco de prejuicios sobre el color de la piel, la fealdad y la belleza. Opino que hay cosas más importantes que ésas en el mundo. En cambio, detesto a los políticos y a los necios. Quizá sea un modo de sentir prejuicios, pero resulta válido para mí.

Mis palabras rompieron el hielo. Se fueron presentando todos. El hombre deforme, casi parecía menos feo y horrible al hablar y saludar a todos con naturalidad. Me repetí interiormente la pregunta sobre el motivo de su actual apariencia. «¿Acaso un accidente? ¿Fuego o ácidos?», pensé.

—Mi apellido es auténtico, señores —decía él en ese momento —. Aunque Waxman les pueda hacer pensar en un apodo, relacionado de alguna forma con un monstruo famoso en el cine, como fue el del *Museo de Cera*, es mi deber advertirles que, antes de sufrir el accidente donde sufrí estas deformaciones, ya me llamaba así.[2] No crean que uso máscaras de cera para ocultarme. Ni confecciono figuras de cera con cadáveres… En realidad, mi profesión es mucho más rutinaria y vulgar. Me ocupo de la fotografía artística y los trucos especiales cinematográficos o fotográficos. Por fortuna para mi público, siempre estoy detrás de la cámara…

Y terminó el comentario con una carcajada. Evidentemente, ya el hielo se había diluido por completo. Todos sonrieron su broma, y la conversación siguió animada. A los pocos minutos, estaba seguro de que nadie veía tan monstruoso al séptimo invitado, como en el momento de aparecer ante nosotros.

—Extraña reunión —comenté al cruzarme con el anticuario Gilling—. ¿Ha visto al nuevo invitado? Fotógrafo y experto en trucos filmados… Sin referirnos a su físico, es otro buen ejemplar para el mosaico, ¿no cree?

—Esto empieza a resultar fascinante —suspiró el anticuario de Chelsea—. Ahora, uno debería preguntarse: «¿Cómo será el siguiente invitado, si es que hay alguno?». Incluso podríamos hacer apuestas al respecto. Y aunque fuese Drácula o el Hombre-lobo, alguno de nosotros acertaría, sin duda alguna.

Fruncí el ceño, mientras asentía distraído. Era raro. Muy raro. Gilling nombraba a unos monstruos tradicionales del terror. Lord Conrad era un experto en la materia. En un libro famoso, precisamente el que Stoker escribiera sobre el célebre vampiro de su creación —¿era, realmente, una creación suya?—, se hablaba del cuatro de mayo, como víspera de un día de horrores oscuros y desconocidos… Un hombre monstruoso aparecía en la fiesta. Honor actuaba en filmes de horror. Y todo tenía una singular atmósfera de misterio, de enigma latente, que no acertaba a definir.

¿Formaba todo parte de un ingenioso juego de lord Conrad para divertirnos e intrigarnos, e incluso, por qué no, para asustarnos?

Pensando que se anunciaba una posible cacería en una isla sin caza, ¿qué podía empezar uno a pensar de semejante reunión?

Sonaron pasos en el corredor de los camarotes. Todos volvimos la cabeza, intrigados. Mentalmente, pensé, todos debían de estar haciendo su pronóstico, como en una vulgar carrera de caballos en Epsom…

Seguramente, casi todos hubieran perdido la apuesta. En primer lugar, porque no entró un invitado, sino dos.

Y en segundo lugar, porque no eran como podíamos esperar, después de lo visto últimamente.

Eran dos invitados. Hombre y mujer. Y borrachos como una cuba. O como dos cubas, para ser más exactos.

Ella reía estúpidamente, agitando su rubia cabellera desordenada, con cada bandazo de su cabeza. Colgaba del brazo del hombre, que tampoco mantenía una firmeza lo bastante digna para entrar allí. Sus vivos colores y su mirada turbia y jovial a la vez, revelaban su estado de embriaguez. Ambos vestían bien. Y, sin duda, eran de excelente posición social. Pero también la gente de esa clase se emborracha.

—¡Buenas noches, señoras y señores! —saludó la dama, con un repentino hipo, nada femenino ni correcto—. ¡Bienvenidos todos al festejo, y suerte para estas horas de vida en común, alegre y desordenada! ¡Vamos, amigos, beban todos, diviértanse y no pongan esas caras tan llenas de seriedad y formalismo! ¡Esto es para divertirse, no para atender un funeral!

Y riendo, se encaminó derecha hacia el mueble-bar. Bueno, la palabra exacta no era ésa. Fue rápida al mueble, pero no *derecha*, puesto que su zigzag era violento e imprevisible.

Su compañero, algo más sereno, aunque no mucho, se paró en medio de la estancia, alzó sus brazos y exclamó, risueño:

—¡Amigos todos, no os conozco en absoluto a ninguno, pero os saludo con todo afecto y os doy un abrazo fraterno! ¡Que el Señor nos ayude y acompañe a todos en esta singladura hacia los mares tenebrosos, a bordo del *Buque Fantasma*!

Y lanzó un grito triunfal, mientras estallaba en risas estruendosas, quizá pretendiendo reír su dudosa gracia. Pero casi nadie esbozó siquiera una sonrisa. En primer lugar, tuve la sensación de que les desagradaba mucho más aquella pareja ebria, inconcebible como huéspedes personales de un hombre de la condición social de lord Conrad, que la visión inicial del horrible

señor Waxman.

Además de eso… aquella vaga incertidumbre que flotaba entre nosotros, me hizo sentir, posiblemente como todos los demás, una cierta incomodidad al oír hablar de buques fantasmas y mares tenebrosos, aunque fuese en la estúpida broma de un tipo ebrio y mal educado.

—¿Están seguros de no haberse equivocado de fiesta, señores? —preguntó fríamente *sir* Clemence, siendo el primero en dirigirles la palabra, y no precisamente con cordialidad alguna.

—¿Cómo? —El hombre, pelirrojo y fuerte, pero bien vestido, con un terno gris oscuro, le miró perplejo, como si no entendiera nada de todo aquello—. ¿Acaso no es éste el yate *North Sea*, no vamos de cacería de fin de semana a Moon-Star Island, y el anfitrión de todos nosotros no es lord Malcolm Conrad?

—Sí —masculló secamente *sir* Clemence—. Me temo que todo eso es cierto. ¿Quiénes son ustedes, exactamente?

—Oh, mi… mi compañera es, nada menos, la señora Emery. Rachel Emery, la mejor nigromante y adivinadora del porvenir que existe en toda Inglaterra. ¡Descúbranse todos ante su maravillosa ciencia oculta, señores!

—Una… ¡una adivina! —susurró atónito Gilling, cerca de mí. Vi mover la canosa cabeza al anticuario, con verdadero asombro—. Increíble…

—En cuanto a mí… —se irguió, en un vano esfuerzo por cobrar un aspecto solemne y casi digno. Pese a su escaso éxito, afirmó con énfasis—. Mi nombre, caballeros, es Alec Helmore. Y mi profesión, muy digna por cierto, es la de… la de músico.

—¿Músico? —Enarcó las cejas *sir* Clemence—. ¿En qué orquesta, caballero? ¿La Filarmónica, la Sinfónica, la de Cámara de…?

—Oh, infiernos, nada de eso —rió el otro, agitando una mano, tras servirse una generosa dosis de ginebra, sin soda ni hielo—. No tuve mucha suerte en la vida. Ni padrinos, señor. Actúo ahora de… ¡de músico callejero!

Creo que *sir* Clemence perdió el habla, por primera vez en su vida. Al menos, enrojeció casi hasta la congestión, y fue incapaz de replicar cosa alguna a su interlocutor.

Confieso que, por vez primera, me reí de buena gana en aquella reunión. Gilling y yo cambiamos una mirada irónica y significativa.

En el pasmoso mosaico de invitados inauditos que había elegido lord Conrad, una pitonisa borracha y un vulgar músico callejero londinense tan ebrio como ella, era el complemento al más increíble grupo de personas jamás reunido.

Ya éramos nueve invitados. Una decena escasa de gente pintoresca y absurda en su conjunto. Debía faltar poco para el fin. Mi reloj se aproximaba ya a las ocho de la noche. Y si lord Conrad era puntual incluso en enviar sus Rolls Royce a cada domicilio, lo sería sin duda para zarpar del estuario del Támesis.

En efecto. Un instante después, oí sonar la sirena de a bordo, emitiendo tres silbidos de aviso. Al mismo tiempo, la cadena del ancla chirrió al elevarse.

—Señores, bienvenidos todos a bordo —dijo una voz de mujer —. En nombre de lord Conrad, mi esposo, que nos espera en Moon-Star Island, les deseo un feliz viaje y una estancia agradable y divertida en nuestra isla…

* * *

A las ocho y diez minutos, exactamente, pasábamos al comedor de a bordo, para la cena señalada en la tarjeta de invitación.

La puntualidad cronométrica, seguía siendo la norma invariable en aquella singladura recién iniciada, desde la desembocadura del Támesis hacia el Paso de Calais, para subir hacia el Mar del Norte, bordeando las Islas Británicas.

Los nueve invitados, *lady* Conrad y el capitán, Jeff Daniels, formábamos la reunión de once personas, en torno a la mesa bien servida.

La cena fue excelente. No podía ser por menos. Los vinos que la regaron, de inmejorable calidad, y cuidados en todo detalle. La cosecha adecuada, los blancos suaves para el marisco, los tintos exquisitos para los asados, el champaña para el final, y luego café y licores. Ni un fallo. Ni una queja. Incluso Rachel Emery y Alec Helmore, los dos desagradables invitados llegados a última hora, se mantuvieron silenciosos durante la degustación de vinos y manjares. Tal vez hacía muchos años que no probaban delicias así.

Lady Conrad, la severa, cuarentona y elegante *lady* Felicia

Conrad, con su negro traje de noche, sus joyas suntuosas y su aire deliciosamente mundano, encabezaba la mesa a un extremo, teniendo al otro al joven capitán Daniels, ayudante de su marido y primera autoridad a bordo. Sobre su pálida piel, diamantes y esmeraldas hacían un espléndido juego de luces y matices fulgurantes.

—Ahora, caballeros, pueden pasar al salón de fumadores —invitó al terminar la cena—. Las damas nos ocuparemos de charlar aparte, a la espera de la hora del descanso. A las siete en punto les será pasado el desayuno, y a las diez está prevista la llegada a la isla donde Malcolm nos espera, con todo a punto. ¿Alguna pregunta, algo que ustedes precisen de mí, señoras y caballeros?

—Una tan sólo, *lady* Conrad —se incorporó *sir* Clemence para hablar, con su nariz y sus mejillas intensamente teñidas de rojo tras los vinos generosamente servidos—. ¿Dónde diablos encontraremos caza, dentro de ese islote en el que únicamente existen conejos y ardillas?

—Ésa es cuestión de mi esposo —sonrió la dama, risueñamente—. No le quepa duda, *sir* Clemence, que su escopeta tendrá algo que cazar, una vez allí. O mi esposo jamás hubiera prometido algo que estuviera lejos de poder cumplir.

—¿Caza mayor? —puntualizó *sir* Clemence.

—Caza mayor, sí.

—¿Viva?

—Por Dios, ¿quién querría cazar piezas muertas? —rechazó la dama, irónica—. Usted, al menos, no.

—Ciertamente, señora —se sentó de nuevo, ceñudo—. Pero no lo entiendo. No sé de dónde pudo llegar esa caza a la isla…

—Evidentemente, por el mar —suspiró *lady* Conrad—. No hay otro camino, a menos que se utilizaran aviones. Y el avión no es muy del gusto de mi esposo. Dice que las piezas viajan incómodas… y se marcan. Recito sus palabras únicamente. Ahora, señores, con su permiso, voy a dejar de hablar yo en nombre de Malcolm… para que sea él mismo quien lo haga, dirigiéndose a todos ustedes…

—¿Cómo? —Se sorprendió Elliot Gilling, el anticuario—. ¿No está en Moon-Star Island?

—Exacto —sonrió la dama—. Pero hoy en día, caballeros, no creo que haga falta estar presente para hablar a los demás… Un

momento tan sólo, y podrán ir a fumar, e incluso a contar chistes verdes si gustan, lejos de nosotras. Mi esposo solamente hablará cinco minutos. Ni uno más.

Se incorporó. Todos esperábamos curiosamente. Se acercó a un mueble de nogal, que abrió, deslizando sus puertas. Era un televisor de considerable tamaño. Tenía un accesorio para videocasete. Tomó una de éstas de un estante, y la aplicó al aparato, conectándolo al televisor.

Momentos después, se iluminaba la pantalla. La imagen en color de lord Conrad apareció allí con igual nitidez que si estuviera entre nosotros personalmente.

—Buenas noches, amigos míos —saludó su voz a través del televisor, mientras la imagen animada de la cinta magnética en reproducción nos sonreía con toda cordialidad, desde el rojo butacón de cuero donde se acomodaba, frente a la cámara que tomó la grabación—. Espero hayan cenado a su gusto. Hay órdenes de atenderles con toda generosidad y atención. Nadie debe quedar insatisfecho a bordo de mi yate. Tampoco en mi isla cuando lleguen. Ya sé, ya sé lo que dirá el viejo zorro de *sir* Clemence. Él no cree que aquí pueda haber caza de su gusto. Yo, sin embargo, le prometo que será así. Tendrá piezas prodigiosas para cobrar. Únicas, yo diría. Todo dependerá de que sea tan buen cazador como asegura ser, y como todos creyeron que era, por un simple éxito casual en el Pakistán, hace algún tiempo.

»No señores. No va a ser tan fácil esta vez. Puedes afinar tu puntería y tu astucia de cazador, viejo zorro. Te aseguro que esta vez te ganaré sobradamente. Las piezas serán mías. Ustedes todos son testigos ahora de lo que afirmo por anticipado.

»Nada más por el momento. Les deseo feliz descanso esta noche. Duerman apaciblemente. Cuando lleguen a la isla, quiero que estén bien despejados y tranquilos, para disfrutar de unas horas inolvidables y emocionantes como nunca las vivieron.

»Ah, se me olvidaba. Sé que se extrañarán mutuamente de la mezcolanza de personas invitadas que forman este grupo. No se sorprendan. Sé a quiénes elegí, y por qué. Todos, unidos, formaremos una sociedad perfecta en mi isla. Dulces sueños, amigos. Si lo desean, piensen en mi isla y su poético nombre. Acaso, durante sus sueños, una de las posibles incógnitas quede desvelada

para alguno de ustedes. Será difícil, pero posible. Si mañana, uno de ustedes me habla algo al respecto, deberé felicitarle por su agudeza.

»Es todo, mis amigos. Les repito: buen descanso… y bienvenidos. Hasta mañana.

Se apagó la imagen en el televisor. *Lady* Conrad apagó el receptor y cerró el mueble. Nos incorporamos, con un leve murmullo de comentarios triviales. Nada, en las palabras de lord Conrad, parecía inquietante o poco tranquilizador.

Pero insistía en algo que *sir* Clemence mencionara: no había caza conocida en su isla. Sin embargo, él afirmaba lo contrario. Y sabía lo que pensábamos todos sobre ciertos aspectos de aquella invitación extraña.

Yo, personalmente, mientras caminaba hacia la sala de fumadores, escuchando los comentarios insulsos del doctor Castle, el biólogo, iba pensando en algo que dijo lord Conrad en su videocasete en color, especialmente grabado para nosotros: «Si lo desean, piensen en mi isla y en su poético nombre… Acaso, durante sus sueños, una de las posibles incógnitas quede desvelada para alguno de ustedes. Será difícil, pero posible. Si mañana, uno de ustedes, me habla algo al respecto, deberé felicitarle por su agudeza…».

¿Qué quería decir con eso nuestro anfitrión? Muchas personas presentes en la cena parecían haberse olvidado totalmente de ese comentario. Yo, no.

Seguía pensando en ello cuando, justamente a las diez de la noche, nos retirábamos a descansar. Acompañé a Honor hasta su puerta. Era la más próxima al salón donde nos reuniéramos todos al llegar, en la mano derecha del corredor. Al lado opuesto, la tercera era la mía.

—Puedes entrar —dijo Honor, dejando la puerta abierta—. No soy mujer que se preocupe demasiado por su reputación ni por los comadreos ajenos. He traído un buen *scotch* entre mis cosas. ¿Un trago, Ross?

—Bueno, la verdad es que no me apetece mucho beber ahora…

—Por favor. Un trago tan sólo —musitó.

Y vi algo en su mirada que me hizo entrar, aceptando su convite. Pero dejé abierta la puerta, velando por su reputación, pese a lo que ella dijera. De un maletín de cuero azul extrajo un frasco de buen

whisky escocés.

Me puso un dedo en un vaso. Lo acepté. La miré fijamente.

—¿Por qué querías que entrase? —indagué.

Ella miró a la puerta abierta. Yo giré la cabeza. No había nadie. Todos se habían retirado ya a sus habitaciones, excepto yo. Honor parecía preocupada.

—Ross, estoy inquieta —manifestó.

—Oh, sí. Lo dijiste antes —sonreí—. ¿Es por Lee Strasberg?

—Sí, es por ella —afirmó con voz tensa la joven.

—Lo imaginaba. ¿Qué supones que sea? ¿Una bruja maléfica?

—Te estás burlando, Ross. Pero te diré algo —caminó hasta su lecho. Vi en una estantería, algunos libros de actualidad. Entre ellos, un ejemplar del volumen *Yo sé que existen los monstruos*. Autor: lord Malcolm Conrad. Honor se volvió a mí para añadir—: He visto una reproducción del cuadro *Los monstruos del miedo*, Ross.

—Oh, ya sé —recordó—. El cuadro pintado por Lee Strasberg para el Royal Hall. Ahora lo posee lord Conrad, a cambio de diez mil libras. Era una obra notable.

—¿La recuerdas exactamente?

—Creo que sí —fruncí el ceño—. Había murciélagos, vampiros, sangre, rostros lívidos…

—Y un hombre-lobo —añadió ella.

—Y un hombre-lobo —repetí—. ¿Qué tiene todo eso de inquietante, salvo el tema en sí? Era sólo una obra pictórica.

—Sí, pero… pero en esa obra, un personaje tenía un rostro que he identificado. El rostro de alguien que está aquí esta noche, en este yate…

—Tonterías —sonreí—. Alguna semejanza casual…

—No —negó Honor—. No es casual. Ni siquiera una simple semejanza.

—¿Cómo puedes saberlo? —Me asombre.

—Porque más tarde, esa persona me dijo que era cierto. Que se había identificado en el cuadro… y que, además, Lee Strasberg había reproducido en su cuadro algo que era completamente cierto. Algo que había sucedido realmente, ¿entiendes?

—No entenderé, si no me lo dices con mayor claridad, Honor. ¿Qué clase de embrollo es ése?

—Ningún embrollo, Ross —ella parecía asustada al mirarme,

apoyándose con el hombro, sin advertirlo siquiera, en el lomo del volumen escrito por lord Conrad—. En ese cuadro… en ese cuadro había una mujer… que era mordida por el hombre-lobo… La sangre fluía de la terrible herida que los colmillos del licántropo producían en su garganta…

—He visto esa misma escena en muchas películas —reí—. Incluso tú misma, recientemente, aparecías mordida así por un hombre-lobo, en un filme de la televisión…

—¡Por Dios, no me lo recuerdes! —Se tocó el cuello, como si la marca maldita del licántropo legendario estuviera impresa en su delicada piel—. Era sólo ficción, con un actor conocido, un compañero… Sin embargo, no pude evitar pensar en ello con angustia, cuando esta noche vi a esa mujer en el cuadro de la Strasberg y reconocí su rostro…

—Oh, acabemos. ¿A quién creíste reconocer en la reproducción de ese cuadro? —Casi me sentí irritado.

—Era… era Rachel Emery, esa mujer… adivina, nigromante o lo que quiera ser.

—Cielos, ¿precisamente ella? —Tuve una sonrisa irónica—. Puede aprovecharlo de publicidad para su negocio de adivinación del porvenir.

—¿Es que no entiendes? —se exasperó ella, aferrándome patéticamente por los brazos—. ¡Te lo he dicho antes! ¡La propia señora Emery se reconoció… y me dijo, confidencialmente, con expresión de auténtico terror… que era cierto! Que a ella… a ella, una vez… ¡la mordió un hombre-lobo!

Giré vivamente la cabeza. No era la absurda afirmación de Honor la que erizó ligeramente mis cabellos en la nuca, sino la sensación vivida y concreta de que alguien me estaba mirando, clavando sus ojos en mi nuca, a espaldas mías…

No había nadie en la puerta. Rápido, avancé unas zancadas. Asomé al corredor.

No vi a persona alguna. Estaba desierto, Pero mis ojos, sagaces, descubrieron algo. Una puerta se estaba cerrando suavemente, sin ruido, en ese momento. Justamente la puerta segunda al otro lado. La inmediata a la mía. Apenas si chascó el cierre. Yo, por lo menos, no lo oí.

—Ross… Ross, por el amor de Dios, ¿qué ocurre? —jadeó

Honor, muy asustada, junto a mí.

—No lo sé —musité roncamente. La miré de soslayo—. Quizá alguien cruzó el pasillo, sólo eso.

—Ross, pudo ser… pudo ser alguien que escuchó lo que te dije…

—¿Esa tontería? ¡Bah! La señora Emery está demasiado ebria para saber lo que dice…

—¿Y el cuadro, Ross? El anticuario, el señor Gilling, llevaba una fotografía del mismo, entre sus cosas. Era una buena copia, y se veía claramente el rostro de Rachel Emery…

—Olvídalo —sonreí, acariciando su mejilla con un suave golpe amistoso—. Y duerme bien, Honor. Estaré cerca, si tienes pesadillas y me llamas. Mi sueño siempre es muy ligero. En cuanto a la famosa nigromante mordida por un hombre-lobo… guárdate de ella. Creo que eso de la licantropía se contagia…

Sonreí amplia, jovialmente, restando todo valor inquietante a lo que habláramos, y me encaminé a mi propio camarote. Pasé junto a aquel que viera cerrar tan suavemente. Fruncí el ceño. ¿Me observaba alguien, realmente, cuando Honor me contaba aquel disparate?

—De todos modos, mañana averiguare quien duerme en ese camarote —me dije entre dientes.

Poco después estaba acostado, y a punto de conciliar el sueño, pese a todos los elementos extraños que viera en torno mío desde el momento en que subí al Rolls Royce negro enviado por lord Conrad a mi casa.

Incluso intenté empezar la lectura del libro *Yo sé que existen los monstruos*. La prosa fluida del noble, no bastó a aliviar mi somnolencia. Me quedé dormido.

Lo peor es que desperté poco después. La esfera luminosa de mi reloj de pulsera marcaba justamente las doce y muy pocos minutos.

En mi mente bailoteaban dos cosas ridículas que, por un absurdo, me habían desvelado súbitamente. Me senté en la cama, mientras oía el mar golpeando los costados del yate y el bailoteo de éste en un mar algo borrascoso, en la madrugada del viernes al sábado, me producía una leve sensación de mareo.

La primera de esas cosas, era aquel comentario tonto de Honor, en Londres:

«… Cuando llega la medianoche y entramos en San Jorge, todas

las fuerzas demoníacas del mundo adquieren su máximo poder…».

Bien. Ya era sábado. Cinco de mayo. San Jorge. El día siniestro de los supersticiosos eslavos…

La segunda, mucho más reciente, me sobresaltó, incluso. Era una frase oída en la reproducción magnética de la imagen y la palabra de lord Conrad, en la pantalla del televisor:

«Piensen en mi isla y en su poético nombre. Acaso, durante sus sueños, una de las posibles incógnitas quede desvelada para alguno de ustedes…».

Era cierto. Durante mis sueños… aquello había logrado afectarme. Mi subconsciente, por algún raro hecho, había retenido la frase del aristócrata. Ahora, al despertar, en la oscuridad de mi camarote, con el sordo ruido del Mar del Norte, allá afuera, lamiendo el casco del ligero yate, me repetí a mí mismo, varias veces, el nombre del islote —feo islote, según decía despectivamente *sir* Clemence Hunt— que lord Conrad poseía frente a las costas inglesas:

—Moon-Star Island. Moon-Star Island… Moon-Star Island…

A fuerza de repetirlo, pensativamente, deformé algo la pronunciación de las dos primeras palabras. Estrella Lunar, o Estrella de la Luna, era un poético nombre. Pero, repentinamente, me detuve al pronunciarlo una de las veces entre dientes. Sentí un escalofrío.

Volví atrás. Repetí para mí, de aquella misma forma que lo hiciera la última vez, con rapidez y cierto descuido:

—Moon-Star Island… Moonstar Island… Moonstar Island…

Al mezclar ambas palabras y hacer de ellas una sola, al reducir y oscurecer el sonido de «u» de la primera doble vocal y la letra «a» de «Star» reducirla casi a una «e» por defecto de pronunciación, me resultaba una nueva y horrible posibilidad.

Acaso, como dijera lord Conrad, aquélla era la posible incógnita desvelada…

Y entonces, sí. Entonces me repetí a mí mismo, ya con otra claridad en la pronunciación deforme, que daba a la poética nominación otro sentido muy diferente:

—Monster Island… ¡Dios mío…! ¡MONSTER ISLAND…! ¡Isla del Monstruo…![3]

Isla del Monstruo.

Era una posibilidad aterradora que enlazaba, de algún modo, con muchas otras cosas… Y entonces, sí.

Entonces, yo también tuve miedo.

SEGUNDA PARTE

¡MONSTRUO!

CAPÍTULO I

(De los pensamientos de «Alguien»)

Estoy preocupado.

Esto es una trampa. Lo sé. Lo presiento. No sé de qué forma… es un cepo.

Nunca debí venir. Nunca. Todo este extraño juego, estos invitados que me rodean… Hoy ocho que son tan diferentes a mí… Bueno, quizá no todos. Hay algo raro en el ambiente. Y juraría que no soy yo sólo. No está únicamente en mí ese *algo* inquietante.

Por eso siento preocupación. Casi miedo.

Miedo a que me descubran. A que sepan quién soy.

¿O quizá… lo saben ya?

Escuchando a ese hombre, en el televisor… Lord Conrad es un tipo irónico, frío, dominador. Creo que se siente superior a los demás. No sólo en el deporte de la caza, como supone el imbécil de su adversario… No, no es eso sólo. Hay algo más. Algo que no acierto a definir y que me inquieta.

¿Será posible que él… lord Conrad, quiero decir… será posible que lord Conrad… sepa lo que soy yo? ¿Y qué soy, precisamente, yo?

No, claro. Eso es una locura. Una estupidez. Nadie puede aquí imaginar cosa alguna. Estoy convencido de que mis compañeros de viaje no sospechan ni remotamente la presencia a bordo de este yate de… de alguien como yo.

Si lo supieran, si solamente uno de ellos lo sospechara… ¡Cielos, qué divertido podría ser por un lado! Pero para mí, no tendría finalmente nada de divertido. Absolutamente nada. Les sería fácil darme caza a bordo.

Caza…

¿Por qué se me ha ocurrido precisamente esa palabra? Caza… Es lo que dicen que vamos a presenciar en la isla. Una cacería. Pero una cacería… ¿de quién? Dicen que no hay animales salvajes allí. Claro que lord Conrad es capaz de haberlos llevado consigo a su isla, por lo que he oído decir de él…

No sé. No me gusta esto. No me gusta nada. Empiezo a sentirme como en una jaula. No sería agradable terminar así. O morir estúpidamente, por haber aceptado esa rara invitación suya. ¿Por qué tuve que aceptar? ¿Quién me metió a mí en esto?

No había ninguna razón para que yo estuviera aquí hoy. Ya sé que muchos de los invitados están pensando lo mismo, pero… es diferente su caso. Ellos, creo que forman el público de algún espectáculo planeado de antemano cuidadosamente. Un espectáculo que no atino a imaginar, en modo alguno. No sé… Es algo maligno.

¡Maligno! Tiene gracia que yo, precisamente yo, diga eso. Sin embargo, hay males que no los buscó uno, sino que llegaron por sí solos y se apoderaron de uno. Son males que uno ha de arrastrar forzosamente, como una maldición, durante toda su vida. Pero existen seres que disfrutan provocando el mal por si mismos. Cruel y deliberadamente.

Con toda intención y no por fatalismo y fatalidad. Ante la sociedad, son seres respetables, dignos y merecedores de honores y admiración. Yo, no. Yo, ante la sociedad misma que halaga a los hombres perversos y sin conciencia, sería un monstruo. Un monstruo al que es preciso aniquilar, destruir como sea…

Supongo que yo causo más miedo que un ladrón o un asesino de honorable condición social, ademanes refinados y buenos antecedentes. Soy mucho más aterrador que el que estafa, mata o ultraja. Más despreciable que el que soborna o es sobornado. Más odioso que el que coacciona o hace chantaje. Mil veces peor que el político que hace arrojar una bomba y mata seres inocentes en una ciudad, durante una guerra. Ellos son dignos ciudadanos, ejemplo de la sociedad humana.

Yo… Yo soy lo que soy. Se me debe atacar, destruir, aniquilar. Causo horror. Pánico, angustia…

Y, sin embargo, soy aparentemente como todos ellos. Mientras no ven mi otro rostro y no reconocen mi *otra* personalidad, estoy a salvo entre ellos. ¡Pobres imbéciles! Aunque a veces, no todos son

imbéciles. Hay algún tipo astuto y frío. Como lord Conrad.

Gente que sabe lo que hace y cómo hacerlo.

No, no debí venir. No debí aceptar esa rara invitación al fin de semana, a cenar entre los demás que viajan en este yate, camino de esa extraña isla.

Porque ellos… ellos son, simplemente, seres humanos. Y yo… YO SOY UN MONSTRUO.

CAPÍTULO II

(Del relato de Ross Haggard)

Monstruo… Isla Monstruo.

Aún estaba pensando en ello cuando desembarcamos. Era una idea fija obsesiva, que no había podido arrancar de mi mente en toda la noche. Y que me hizo soñar con cuadros llenos de sangre y de vampiros, de hermosas mujeres mordidas por un hombre-lobo. Honor era una de ellas, y yo corría a salvarla, en mis sueños, cuando ya la sangre corría por su cuello y el licántropo huía, aullando, hirsuto su maloliente vello rojizo, inyectados en rojo sanguinolento sus ojos, babeando sus fauces, de afilados y sangrantes colmillos…

Veía en alguna parte el cuerpo ensangrentado y desgarrado de Rachel Emery, mientras un ser monstruo, el feo y deforme Cecil Waxman, el hombre de la cara abrasada, se convertía repentinamente en el conde Drácula, y volaba sobre nosotros como un murciélago…

Al final de mi sueño, lord Conrad aparecía con un poderoso rifle de mira telescópica, para caza mayor, y disparaba contra el hombre-lobo fugitivo, sin cesar de reír, para decirnos a todos que la farsa se había terminado, y que formaba parte de la diversión del *week-end*. Naturalmente, desperté bañado en sudor, un sudor frío y pegajoso, mientras los perfiles de Moon-Star Island, tras de lord Conrad, cobraban unos extraños, alucinantes perfiles, como si sus promontorios y bosques formasen la figura gigantesca de un murciélago alzando sus alas en la noche.

Por fortuna, la isla distaba mucho de ser como la soñara, al menos a pleno día, aunque éste fuese tan nublado, sombrío y lluvioso como lo era el viernes, al abandonar Londres con el yate.

La costa del islote, realmente feo como dijera con mucho acierto *sir* Clemence, estaba siendo desapaciblemente azotada por el temporal. El yate fondeó en un muelle natural, protegido por un muro de piedra y un saliente rocoso, rematado por frondoso bosque, y cuando descendimos a tierra por la pasarela, para pisar un embarcadero húmedo, en el que la lluvia formaba charcos, nos encontramos a lord Conrad en persona, ataviado con un impermeable, recibiéndonos cordialmente, con fuertes apretones de manos y amplia sonrisa.

Era tal y como apareciera en la televisión la noche antes. *Lady* Conrad hizo las presentaciones de todos. Miré con cierta curiosidad disimulada a Alec Helmore, el músico callejero, pelirrojo y vulgar, cuando saludó al aristócrata. Mi motivo no era por eso, sino porque ahora sabía que él ocupaba el camarote inmediato al mío, el que tan suavemente se cerrara la noche antes, cuando creí que alguien me vigilaba sigilosamente a mis espaldas.

Helmore, estando sobrio, parecía aún más tosco que cuando llegó bebido la noche antes. Hablaba un *cockney* casi indescifrable, pero pareció divertir a nuestro anfitrión, que le saludó con gran deferencia, pese a su inferior condición social. Lo mismo hizo con Rachel Emery. Estudiando a la adivina o nigromante, tan tosca y zafia como Helmore, me pregunté si sería visible alguna huella en su piel que confirmase el disparate de su historia, sobre la presunta mordedura del mítico hombre-lobo.

Con cierta aprensión, miré al cielo al pensar en todo eso. Por fortuna, había tal cantidad de nubes sobre la isla, que pensar en un posible cielo despejado, con la tradicional luna de los licántropos, era soñar imposibles. O, cuando menos, improbable.

Lord Conrad me saludó, con igual cordialidad que a los demás. Nadie había mencionado el hecho, aunque les intrigase. Pero yo sí lo hice, escueto y directo:

—Lord Conrad, aún me pregunto por qué estoy aquí.

Él pareció no entender mis palabras. Sonriente, replicó:

—¿Qué le pasa? ¿No quería venir? ¿O le sucedió algo especial?

—Nada de eso, señor —me dije que era más astuto de lo que parecía, y sólo trataba de evadir una respuesta concreta—. Lo que quiero saber es *por qué* me ha invitado usted.

El noble pestañeó. Me estudiaba con cierta leve ironía en el

fondo de sus ojos.

—Todos tendrán su explicación en el momento oportuno —dijo —. De cualquier modo, ser invitados por mí a esta isla, es de por sí un honor para cualquiera.

—No lo discuto, lord Conrad —sonreí fríamente—. Pero anoche tuve sueños poco dulces. Y encontré esa respuesta que usted sugería.

—¿De veras? —dudó, parpadeante, aunque con sumo interés fija su vista en mí.

Los demás invitados nos rodeaban, bajo el toldo que cubría el fondo del embarcadero, para preservarnos de la lluvia. A bordo del bote, sólo quedó Jeff Daniels, su capitán, con el piloto y los dos marinos contratados como tripulación.

—Sí, señor —afirmé, rotundo. Miré en torno—. Sólo me falta saber *dónde* está el monstruo…

Los ojos de lord Conrad se entornaron. Los noté fríos y penetrantes. Era un hombre lleno de astucia y de serenidad. Parecía divertido. Pero no le había gustado mi posible alarde de agudeza.

—Notable —aceptó—. Le felicito. Es la solución exacta, señor Haggard. Veo que no me equivoqué al extender las invitaciones. Si alguien a bordo podía sacar la charada, era usted. Aunque lo cierto es que no pensé que lo hiciera.

—Eso no es una respuesta —señalé, seco.

—No trata de serlo —me sonrió, glacial. Se volvió a los demás —: Por favor, señoras, caballeros. Partamos hacia la finca. Ahí tengo mis dos automóviles *ranger*. Pueden subir seis en uno y cinco en otro. Mis servidores conducirán los vehículos hasta la casa, para evitar que se mojen. El tiempo se ha puesto feo, lo admito. El Servicio Meteorológico solamente me informó de nublados intensos hasta esta noche. Pero no había seguridad de chubascos. Mi propia estación meteorológica tampoco fue muy explícita.

De modo que tenía incluso estación meteorológica en la isla. Observé los automóviles tipo *ranger*. Amplios y fuertes. Podían admitir hasta ocho pasajeros cada uno. Arriba, en una ladera, entre bosques, vi un edificio de rojo ladrillo, de auténtico estilo Victoriano. En el tejado, de pizarra gris, había antenas de televisión muy potentes. Pero también había otras instalaciones de tipo meteorológico y detección. Incluso radar. Un faro automático,

giraba en un promontorio, señalando la presencia del islote a los navegantes.

—Eh, ¿eso qué significa? —indagué, bruscamente, al girar la cabeza y ver cómo el yate despegaba nuevamente del embarcadero, como para hacerse a la mar.

—No se preocupen —sonrió lord Conrad, risueño—. El yate debe efectuar algunas reparaciones en la costa. Volverá mañana, para recogernos a todos y regresar a Londres, como está previsto en el plan oficial.

—Eso quiere decir que, mientras su yate esté alejado de esta isla, en tierra firme…, estaremos aislados por completo… —señalé, ceñudo—. Es decir, que nadie podrá irse de la isla, bajo pretexto alguno.

—Mi querido señor Haggard, sus temores son infundados, ridículos… ¿Quién va a querer marcharse de una isla donde todo se hará en beneficio de su distracción y placer? Aquí no puede afectarnos ni el temporal. Dispongo de grupo de energía eléctrica propia, luces adecuadas, programas de televisión grabados, por si hay interrupción del servicio exterior, música abundante, libros, alimentos, medicinas, y cuanto sea necesario para todos los presentes. ¿Qué podemos necesitar de tierra firme?

Echamos a andar hacia los vehículos. Pronto partimos hacia la casa que era, sin duda, el santuario de lord Conrad en aquel breve y abrupto trozo de tierra, en pleno Mar del Norte, rico en peñascos, bosques y litorales pedregosos, con playas arenosas.

El yate *North Sea* se alejaba ya en la mañana, borrada por la bruma marítima. Sentí un profundo desasosiego al verlo desaparecer. Tal vez definitivamente, pensé…

Sí. Sentía miedo. Aquella isla, aquella invitación, todo lo que me rodeaba, estaba empezando a producirme un raro temor a lo desconocido.

A algo que, sin duda, estaba muy cerca de mí y me acechaba, sin yo advertirlo. Nos acechaba a todos, tal vez, pese a la confianza que el afable lord Conrad pretendía darnos con sus palabras.

Lo cierto es que mis ojos se cruzaron instintivamente con los de Honor. Y capté el miedo reflejado en ellos.

Al desviarlos, para que ella no advirtiera en mí una misma o parecida inquietud, me tropecé con la mirada jaspeada y extraña de

la bellísima, enigmática, Lee Strasberg.

Vestía enteramente de negro. Tenía una faz pálida y marfileña, de gran belleza y exotismo. Pero eso me resultó secundario ahora. En su mirada inquietante, había captado algo que no era miedo precisamente, sino ironía, acaso una fría y misteriosa burla de mis temores y de los de Honor.

Recordé mi sueño, su cuadro, las palabras de Rachel Emery, la pitonisa, los terrores de Honor…

Nada de eso me gustaba ahora. Y eso que estábamos en pleno día. Un día gris, desapacible, borrascoso y feo.

Me pregunté qué sería aquella isla cuando llegase la noche… La respuesta que se me ocurrió no me gustó en absoluto.

Pero aún había cosas que iban a gustarme menos. Y para eso, no faltaba mucho.

* * *

El horario del programa se cumplía puntualmente.

A las doce en punto, lord Conrad nos recibió en el amplio comedor de la casa, decorado a la usanza rústica, con riqueza de artesonados, muros de maderas nobles, cuadros de famosos pintores —originales, no reproducciones o litografías de escaso valor—, y una riqueza de muebles y de cristalerías y vajillas, digna de la propia Casa Real británica.

Estaban servidos los canapés, los aperitivos y cuanto pudiéramos desear, en una larga mesa anexa. Después, la comida, también excelente y bien seleccionada, nos esperaba en la ovalada y majestuosa mesa central.

Tras los postres, y conforme a lo previsto, la tarde era nuestra, hasta el té de las cinco, que tendría lugar, conforme a lo programado, «en el Pabellón de Caza, donde, si el tiempo no lo impedía, se dispondrían los planes de cacería que lord Conrad había previsto para nosotros, en el coto reservado natural que constituía su propia isla».

La letra y el espíritu de la invitación cursada, se respetó con escrupulosa religiosidad. A las cinco en punto, un gong situado en algún punto de la casa, nos requería al Pabellón de Caza. *Lady*

Conrad, siempre anfitriona exquisita, serena y de escasa palabrería, nos condujo desde el comedor hasta el citado pabellón.

Cuando esto sucedía, la lluvia estaba amainando sobre la isla, pero continuaba el nublado, denso y sombrío, anticipando las veladas sombras del atardecer. Un aire casi violento, se había levantado en las últimas horas. El sibilante sonido de sus ráfagas, penetrando en el sólido edificio o aullando en sus chimeneas y patios, me produjo una sensación depresiva.

Yo había aprovechado el tiempo, hasta el momento, justamente en reposar en mi lecho y leer el libro de lord Conrad, omnipresente en todas partes, como una rutina o una obsesión de nuestro singular anfitrión, envanecido acaso por el éxito de su obra.

Mi mente no se había serenado con ello, lo confieso. El estudio del aristócrata en torno a los mitos más populares y extendidos del mundo en cuestión de criaturas terroríficas, era exhaustivo, pero de discutible lógica.

Para el dueño de Moon-Star Island, los monstruos existieron. Y quizá existían, incluso. Llegaba a afirmar que Drácula, aparte su realidad histórica como noble eslavo de trágica fama, dejó una auténtica estirpe de vampiros en el mundo, aunque él no aceptaba en modo alguno las supersticiones populares, y ponía muy en duda la eficacia de las ristras de ajos, de los crucifijos y de las estacas de madera para terminar con la plaga. Tampoco aceptaba que los vampiros deambularan entre los vivos solamente por las noches.

Para lord Malcolm Conrad, los *no-muertos* podían igualmente mostrarse a pleno día, especialmente si eran días nublados y sin sol, su color no tenía por qué ser precisamente cadavérico, y los métodos de uso para combatirlos, eran de muy dudosa eficacia.

En cuanto a otras criaturas, como el licántropo, los prometeos a estilo de la criatura de Frankenstein o los *zombies*, eran aceptados por lord Conrad con naturalidad e incluso creía que una noche sin luna, un hombre-lobo podía llegar a manifestar su otra personalidad, sólo con que una situación brutal y sangrienta excitara sus instintos ocultos, que le acompañaban a veces, incluso, sin que el propio víctima de tal fenómeno mutante pudiera preverlo o conocerlo. Los *zombies* eran un hecho *probado*, tanto en Haití como fuera de él, para la credulidad amplia y generosa de nuestro anfitrión, y los medios de dar su mecánica vida a los muertos, podía

ser tanto por hechicería como por medios estrictamente científicos.

Cuando sonó el gong, llamándonos a la recepción en el Pabellón de Caza, debo confesar que me sentía confuso y aturdido, y que en mi mente tenían cabida las teorías más descabelladas en cuanto a las intenciones verdaderas del aristócrata para reunirnos a todos en su islote, durante aquel singular fin de semana en el que su capricho había reunido en derredor a nueve ejemplos bastante opuestos entre sí, de la sociedad y de la cultura humana.

Me desagradaba pensarlo, pero éramos como…, como un muestrario de la propia Humanidad, en diversas esferas sociales, económicas y culturales, sin nada común entre nosotros.

Y eso que ignoraba lo que iba a saber un poco después. Aunque quizá, en el fondo de mi mente, una horrible y vaga idea empezaba a tomar forma, aun antes de conocer la siniestra realidad.

El Pabellón de Caza estaba situado en el bosque, junto al edificio Victoriano donde nos habían alojado, con toda clase de comodidades y confort. Igual que la casa, estaba dotado de una excelente calefacción, tenía forma circular, con rotonda de cristales y techos bajos y artesonados, que le daban el mismo tono rústico que al interior de la casa. Los amplios zócalos de ricas maderas, los trofeos de caza, los muebles rústicos y todos sus detalles ornamentales, las panoplias, con armas desde el más moderno rifle de caza mayor hasta los instrumentos bélicos de los zulúes, todo ello contribuía a cargar el ambiente con una atmósfera campestre y exótica a la vez, donde los cazadores debían sentirse, sin duda, en su propio ambiente.

Yo no he sido nunca cazador, ni he comprendido lo constructivo de tal deporte. Creo que saberse superior a otros seres vivos a quienes se da caza despiadada, es una de las pruebas de la arrogancia y la estupidez del hombre.

Pero, naturalmente, lord Conrad y *sir* Clemence Hunt, su eterno antagonista en retos de grandes cacerías, no podían pensar como yo. De hecho, eran dos auténticos fanáticos de la caza, y no se recataban en demostrarlo así ante el mundo.

Ahora, bajo aquellas grandes cabezas de piezas cobradas en todo el mundo, sobre las costosas alfombras de pieles de animales preciosos, entre garras y colmillos, ambos debían sentirse como electrizados, imbuidos de la idea obsesiva de su deporte preferido.

Lo veía en sus ojos centelleantes, en su respiración agitada, en el brillo y color inusitado de sus mejillas, en el modo común que tenían de desafiarse mutuamente con el gesto, con la mirada. Ambos en guardia, y ambos hostiles bajo su capa de hombres civilizados y correctos.

—Señores, espero disfruten de la hospitalidad de mi casa con todo placer —fue lo primero que nos dijo lord Conrad, al vernos sentados, dispersos por los diversos asientos del pabellón, que iban desde unos simples cojines agrupados a la usanza árabe, o unos escabeles de piel, como los hindúes, hasta asientos de tapizado de piel de tigre o de oso, y bancos de rústica madera, a base de troncos de árbol ensamblados entre sí.

Tras un silencio, mientras *lady* Conrad y un silencioso criado nos servían el té a todos, el aristócrata paseó por la estancia. Vestía prendas de piel, como un auténtico cazador a punto de iniciar su excursión cinegética habitual.

—Mis queridos invitados y amigos —prosiguió luego, mirándonos uno por uno, con afable sonrisa—. Debo decirles a todos que me siento feliz de tenerles conmigo estas horas y que espero que sean ellas inolvidables, tanto para mí como para ustedes. Saben que esta noche nos espera la cena a las ocho… y la velada-sorpresa a las diez. Pues bien, sobre esa velada quiero hablarles, porque la sorpresa es imposible guardarla hasta entonces, ya que deben irse preparando las cosas para ese momento, por parte de todos nosotros.

Se volvió hacia *sir* Clemence. Su voz rebosó sarcasmo y desafío:

—Mi entrañable camarada *sir* Clemence, eterno rival en nuestras grandes cacerías de siempre, merecía esta oportunidad. Y se la he dado. Hoy tendrá que ser capaz de probarnos a todos, probándomelo a mí y también a sí mismo, que es el mejor de los cazadores de toda Inglaterra. En caso contrario, yo obtendré ese título. Es condición expresa mía que, de suceder así las cosas, públicamente reconozca el vencido, total y definitivamente, que ha sido derrotado por el mejor y más extraordinario cazador del país, y posiblemente, del mundo. ¿Conforme, mi querido Clemence?

—Por mi parte, nunca me opuse a eso, Malcolm —refunfuñó de mala gana el aludido—. Eres tú quien se niega a aceptar las cosas tal como son, maldito orgulloso.

Una sonrisa suave y maliciosa flotó en los labios del anfitrión, que no parecía molestarse por las palabras de su antagonista de siempre. Tras una nueva pausa, continuó lord Conrad:

—*Sir* Clemence ha puesto en duda, muy razonablemente, la existencia de piezas adecuadas de caza en mi isla. Ustedes, también. Yo les aseguré que tales piezas existían. Que estaban ya aquí. Y no mentía. Las piezas que vamos a cazar *esta noche*… están aquí ya.

—¿Esta noche? —*Sir* Clemence pegó un respingo y todos nos miramos con repentina zozobra—. Eh, espera. ¿Te has vuelto loco, viejo chiflado? ¿Cazar de noche? ¿Qué clase de piezas has puesto en tu isla, amigo mío? ¿Gorriones simplemente? ¿O son mochuelos y lechuzas?

Hubo risas aisladas en el pabellón. Lord Conrad arqueó las cejas, complacido. Su tono se hizo teatral. Y con razón, elevó la voz, mirándonos con un movimiento casi circular de su cabeza.

—Por favor, un momento. No se rían ustedes aún. Esta cacería va a ser la más fantástica e insólita que jamás realizó ser humano alguno. El sueño de un cazador, Clemence. Porque cazar fieras vivas, es algo ya rutinario, que cualquiera de nosotros puede hacer, simplemente organizando un safari a cualquier rincón del mundo.

—¿Qué diablos quieres decir? No vamos a cazar conejos a estas alturas —soltó una carcajada *sir* Clemence Hunt.

—No, mi querido amigo. Nada de eso —se volvió muy despacio hacia él—. Las piezas que he hecho venir a la isla, que están sueltas por ella, esperando ser cazadas implacablemente, puesto que no tienen evasión posible hasta mañana… son… ¡SON MONSTRUOS, mi querido Clemence! MONSTRUOS VIVOS, que están aquí, entre nosotros. En suma: tendrás la gran ocasión de dar caza antes que yo… ¡A DRÁCULA Y AL HOMBRE-LOBO!

CAPÍTULO III

(De los pensamientos de «Alguien»)

¡Lo sabía! Lo sabía…

Estaba seguro de ello. Nunca debí venir. Nunca debí aceptar esa invitación. Una caza…

Una caza *humana*. O *casi* humana. Porque yo…, yo tengo algo de humano, después de todo. Soy *lo que soy*, pero eso, ¿qué significa? No hice daño a nadie. No he venido a dañar a los que me rodean. Serán ellos los que traten de dañarme a mí. Me rodearán. Me perseguirán. Será un cerco. Un terrible, angustioso cerco.

¿Cómo salir de él? Si eso fuera posible… No, nada puedo hacer. El mar nos rodea. No hay embarcaciones en la isla, ya lo he advertido. No hay forma de salir de aquí. Estoy en el cepo, en la trampa que imaginé. Inexorable, fatalmente…, ¡me darán caza esta noche!

Esa horrible idea… Ese cruel, demoníaco lord Conrad… ¿Cómo pudo saberlo? ¿Cómo imaginó que yo… precisamente YO… soy quién soy?

Estoy dando vueltas en mi cerebro a esa idea. Mi otra personalidad oculta, la terrible maldición que pesa sobre mí desde entonces… ¡No tengo la culpa, no quise que esto sucediera! Pero ¿cómo hacérselo entender a ellos? ¿Cómo aceptaría ya ninguno de los aquí presentes mi triste, mi dolorosa realidad?

Es mi destino, a fin de cuentas. No puedo hacer nada por evadirme de él. Sólo morir.

Morir de una vez. Realmente *morir*; en todo el sentido de la palabra.

Ellos no entenderían otra cosa. No me darían otra elección. Veo sus rostros mientras ese aristócrata maldito habla y habla. Empiezan

a sentir placer ante la idea. El miedo, el terror incluso, que ha seguido a la incredulidad general, se extingue en ellos. Están ya acariciando la idea con anticipación.

Una cacería…

Una fascinante cacería con piezas humanas como presa del cazador. Aunque haya una parte mía que no sea realmente humana, pienso y siento como ellos, como un ser humano. Pero ya tienen dentro el veneno del placer, de la complacencia morbosa. Esperan anhelantes a verme caer, ensangrentado, destrozado por los métodos que ese hombre habrá ideado para aniquilarme. Estoy seguro de que todo lo ha medido y previsto. No es hombre que deje nada al azar. Bastaría con leer su libro…

Su libro, maldita sea. Lo tiene por todas partes. Es una tentación. Acaso un indicio más de crueldad. Muchos lo habrán leído con indiferencia, con escepticismo. Yo, no. Yo lo he leído con horror.

Estoy demasiado bien retratado ahí. Ese hombre sabe cómo soy. Sabiendo todo eso, puede prever mis reacciones. Tal vez ahora mismo, cuando me dirige una mirada normal, como la que dedica a todos los demás, esté siguiendo el hilo de mis pensamientos, disfrutando malignamente con mi tortura mental. Es un ser monstruoso.

Si… Él es el monstruo, no yo. Porque él es totalmente humano. Y, sin embargo, su cerebro es perverso, insano. Sus instintos son crueles, sus decisiones feroces. Disfruta matando animales. Igual lo hará con seres humanos. O conmigo.

No, no debí venir. Pero es tarde para lamentarse. Ya estoy aquí. En el cepo. Rodeado de armas, de cazadores, acaso de mastines feroces…

Pero el caso es que también hay alguien más… Ese hombre no se puede equivocar. Si sabe que yo estoy aquí, si conoce o sospecha mi identidad…, es que también conoce la identidad de *otro*.

Otro…

No estoy solo aquí. No soy el único monstruo a cazar. Hay otro más. Somos dos. Dos…

Yo… y él. Yo… y Drácula. Ambos estamos aquí.

El Hombre-lobo, que soy yo…, y el vampiro, que es…

Cielos. ¿*Quién*, de entre los demás invitados que me rodean, es Drácula?

CAPÍTULO IV

(Del relato de Ross Haggard)

—Te lo dije, Ross… ¡Te lo dije!

—Cielos, sí, pero ¿quién puede pensar algo así? —Me pasé, trémulo, una mano por la frente, por las sienes… Retiré los dedos mojados de frío sudor—. Si nos lo hubieran dicho antes… nos hubiéramos reído. Incluso hubiéramos pensado que estábamos locos. O que lo estaba lord Conrad.

—Locos… Sería mejor eso que la realidad, Ross —musitó tristemente ella.

—Todavía es posible que ésa sea la única explicación de todo —dije con voz ronca.

—No, Ross. Sabes que eso no es cierto. Te engañas a ti mismo. Ya has oído a ese hombre. Ya has escuchado la disertación perfecta, fría y minuciosa, de todos sus pensamientos, sus ideas, sus teorías y conclusiones. Nada se basa en el absurdo. Cuando menos, suena a terriblemente lógico, estando aquí, en esta maldita isla que me agobia y me oprime hasta la pesadilla. Ross, esto no es ya una película, un relato de terror… ¡Es una alucinante realidad, en un mundo obsesionado por la idea de la caza de seres vivos!

—Aún estoy oyendo en mis oídos las palabras de lord Conrad en el Pabellón de Caza… —dije, mientras paseaba por el dormitorio de Honor, adonde había ido, tras la reunión de aquella tarde. Afuera, las sombras de la noche empezaban ya a caer sobre la isla, convertida de repente en un maléfico, siniestro y pavoroso lugar de encierro, de angustia y de opresión—. Él sabe que uno de nosotros nueve, es un hombre-lobo. Y sabe que uno de nosotros es un vampiro. Solamente siete personas son enteramente humanas, y serán simples testigos de la cacería, colaborarán en ella, ayudando a

cercar a los monstruos… Un licántropo y un *no-muerto*, Honor. Dos de nosotros no son normales.

—Y lo peor es que lo ha probado. Ya oíste a Rachel Emery. Fue cierto que le mordió un hombre-lobo. Nos mostró la terrible mordedura en su seno. Pero negó que esa mordedura le diese a ella condición de licántropo. Nunca ha sufrido tal fenómeno, que ella sepa. Pero ¿y si no lo sabe, y es una mujer-lobo? Lord Conrad es indiferente al simple sexo de su víctima. Para él, hombre o mujer, pueden ser licántropo o vampiro, la cacería será igualmente despiadada en ambos casos.

—Esta noche… Los bosques de la isla… —me moví agitado, imaginando la escena de pesadilla—. Hay luna llena, Honor. Saldrá de entre las nubes. Ese maldito lord Conrad ha hecho de esta isla un mundo de pura ciencia-ficción. Algo digno de Bradbury o de Asimov. O quizá de Clarke, no sé. Es un lugar diferente. Aislado del resto del mundo, como un astro en los espacios. Ciencia y poder. Fortuna y capricho unidos. Lord Conrad es un mesiánico peligroso, un demente de la caza, que le obsesiona hasta convertirte en un fanático capaz de cualquier cosa por lograr el *más difícil todavía* de los artistas circenses. Así dedicó su vida a la búsqueda de fieras humanas. Así probó la existencia de hombres-lobo. Tiene sangre de un licántropo, tiene documentos médicos que confirman la especie, el fenómeno de explicación razonable ni científica alguna… *Sabe* que ha traído un hombre-lobo a su isla. No siente temor alguno, porque sospecho que él es peor de todos los monstruos conocidos, Honor.

—Mil veces peor —se estremeció ella—. Acaso esas espantosas criaturas sufran una maldición sobre su estirpe o sobre su sangre. Acaso ser vampiro o ser lobo humano sea una forma de condenación física y mental… Pero idear cazarlos como a bestias feroces, como a simples piezas de caza mayor, en un coto cerrado, sobrepasa todo lo imaginable…

—Él ha dado datos exhaustivos de todos nosotros, de nuestras vidas y circunstancias, Honor. Ya oíste su explicación de los hechos. De una forma u otra, cada uno de nosotros ha tenido relación directa o indirecta con un caso en el que se probó la existencia posible de un monstruo de los citados. Es decir, estuvimos todos *cerca* de ese monstruo determinado. Tan cerca que, a su juicio, y

tras una minuciosa eliminación de personajes y de circunstancias, ha llegado a la conclusión de que UNO DE LOS NUEVE es un hombre-lobo. Y UNO DE LOS NUEVE, es un vampiro. No sabe más. Sus computadoras situadas también en esta isla de pesadilla, para controlar la atroz cacería proyectada, como parte de su programación, sólo dieron esos datos concretos: nueve tarjetas seleccionadas. Nosotros nueve.

—Y de entre todos, sólo siete SOMOS normales y no tenemos nada que temer —jadeó ella, muy pálida.

—Siempre hay algo que temer, con dementes como lord Conrad —musité—. Está el posible error de cálculo.

Y el propio instinto de conservación de cada uno de esos monstruos. Si hay realmente un vampiro y un licántropo, no se dejarán vencer sin oponer resistencia feroz y, desde luego, totalmente justificada. Aunque personalmente, mis simpatías estén ahora del lado de esos dos desdichados ejemplos de lo desconocido y de lo sobrenatural…, cuando empiece la cacería, ellos intentarán evadirse, hacer presa en quien sea. Y yo tendré que defenderme de ellos. Todo lo ha previsto lord Conrad. Sabe que, en potencia y aunque no simpaticemos con él ni con su idea demencial, por puro instinto de conservación lucharemos contra los monstruos. Y eso hará que el duelo sea más sangriento, más feroz, más cruel si cabe.

—Ross, se me ocurre pensar que, tal vez, mañana domingo, cuando amanezca…, nadie sobreviva a ese horror, excepto el propio lord Conrad y sus sueños demoníacos de superioridad como cazador.

—Es un desenlace muy probable —suspiré cansadamente, bajando la cabeza.

—¿No podemos hacer algo? ¿No es posible luchar? —gimió.

—¿Luchar? Querida, esto no es una de tus inefables películas, donde hay siempre a mano un crucifijo, una estaca, una bala de plata y cosas por el estilo, para vencer en heroico duelo final al vampiro de turno o al hombre-lobo de guardarropía, obra de un buen maquillador. No, Honor. Esto es tremendamente real. Está sucediendo. Y, según ese nefasto individuo que es nuestro anfitrión…, no hay procedimiento tradicional alguno que pueda matar a los monstruos. Ninguno. Solamente… la ciencia actual.

—La cibernética, ha dicho él.

—Eso es: máquinas contra seres vivos. Una cacería dirigida y controlada por una programación electrónica. Una computadora, como cerebro rector de la caza. Luz artificial de luna, a base de proyectores ocultos en los bosques, para revelar la presencia del hombre-lobo, después de provocar su mutación horrible… Y procedimientos científicos y fríamente calculados para hacer emerger el *otro yo* de los vampiros ocultos: sangre torrencial, aunque artificiosa e inexistente. La computadora crea el *olor* y *color* de la sangre humana, que pasa a los cursos de agua, a los arroyos y fuentes de toda la isla, en los bosques elegidos para la gran cacería de esta noche. El vampiro rechaza la ficción, porque su consciencia conoce la mentira, el truco. El mismo lord Conrad ha mostrado sus cartas de antemano, confesando las reglas del juego. Pero eso no bastará para el vampiro que hay entre nosotros en este momento. Porque el instinto de su maldición eterna, de su condición de *no-muerto,* hará que su apariencia humana ceda, y surja el monstruo. Ese olor, hará revivir en él la personalidad hoy casi oculta de los vampiros, que evolucionaron, desde los tiempos antiguos hasta nuestros días, alterando su estructura básica, agazapándose más y más dentro del hombre, hasta conseguir lo que todo mutante consigue a lo largo de la adaptación a nuevos ambientes: poder sobrevivir a pleno día, soportar mejor o peor el aroma de los ancestrales ajos, morir normalmente cuando una estaca lo atraviesa… para retornar otra vez, como vampiro indestructible.

—Entonces, según eso, lord Conrad no podría terminar con él…

—Por desgracia, la computadora sí sabe cómo acabar con los monstruos. Sin los métodos tradicionales, sin estacas en el corazón para los *no-muertos*. Sin balas de plata para los desgraciados licántropos, ¿entiendes? Fría, científica, cerebralmente. Como puro ente de un horror de ciencia-ficción deshumanizada, Honor, lord Conrad posee suficientes medios a su alcance para hacer de esto un auténtico delirio de crueldad humana, de mala fe, de mesanía mal encaminada, de sed de sangre que supera la de cualquier mítico vampiro… No, Honor. No siempre los auténticos monstruos que pululan entre nosotros son aquellos que nos hacen estremecer desde la pantalla de un cinematógrafo.

Honor no me contestó. Estaba demasiado abatida para ello. La vi sentarse en el borde de su cama, angustiada. Hubiera querido

confortarla, darle alientos. Pero era difícil. Estaba asustada. Y ahora ya no era el terror a las sombras de un día de supersticiones. Ahora tenía más miedo a un ser vivo, afable, culto y educado, como era el aristócrata que nos invitara a su singular fiesta, que a todos los monstruos de la galería del terror tradicional.

Ahora, por primera vez acaso, sentía lástima por Drácula, dolor por el Hombre-lobo…

De repente, ella alzó los ojos. Me miró de un modo extraño. Casi intuí lo que iba a decirme, lo que pasaba en esos momentos por su mente:

—Ross… Ross… tú…, ¿tú no serás… uno de *ellos*? —jadeó.

Apreté los labios. Era una consecuencia inevitable. Ya debía estar dándose por doquier. Siete de entre nosotros tenían que preguntarse forzosamente lo mismo:

¿Quiénes eran el vampiro y el licántropo?

—Honor, aunque te diga que no…, ¿de qué servirá? —Sonreí tristemente, sacudiendo la cabeza.

—Es verdad… —vi sus manos, retorciéndose nerviosas, estrujándose—. Todos podemos mentir. Y aunque digamos la verdad…, ¿quién la creerá? Yo…, yo podría ser una mujer-lobo. O una mujer-vampiro… El sexo nada importa. ¿No es cierto, Ross?

—Nada, Honor. Yo ignoro cuál pudo ser mi experiencia cerca de algún monstruo, pero la computadora eligió mi ficha. Según lord Conrad, no cabe error posible en la elección. Estoy tratando de recordar, de pensar. Sólo que no lo encuentro. Imagino que tú. Honor estás en mi mismo caso. Pero tampoco podría jurar que seas simplemente tú.

—Ross, creo que solamente he visto a esos monstruos en la ficción, en un plató cinematográfico… —se quejó ella—. ¿Cómo iba yo a conocer a un monstruo verdadero?

—Ésa es la pregunta que muchos se estarán haciendo. ¿Dónde, cuándo, cómo… ha podido nadie relacionarse con un vampiro o con un hombre-lobo? Con la única excepción de esa pitonisa, Rachel Emery…, ¿quién de entre nosotros podría haberse relacionado con los seres de otro mundo?

—Yo, señor Haggard —dijo una voz, fría y profunda, que despertó escalofríos en mí.

Giré la cabeza, con sobresalto. Honor emitió un leve grito,

pegando un respingo. Ambos miramos, con algo muy parecido al miedo, la figura erguida en la puerta del dormitorio.

Una vez más, esa puerta no había quedado totalmente cerrada. Ahora, la persona que nos interrumpiera con su extraño comentario, era la inquietante, majestuosa y muy bella Lee Strasberg.

* * *

—¿Usted…? ¿Usted tuvo relación con algún monstruo?

—Con un vampiro, señor Haggard —confesó ella, glacialmente.

La miré. Honor también la contemplaba. Instintivamente, la muchacha se había aferrado a mi brazo y podía sentir su cuerpo temblando junto a mí. La punta firme de sus senos juveniles, oprimía mi torso.

—¿Cómo es posible? —se interesó Honor Shelley.

Ambas mujeres cruzaron una mirada. Una enigmática sonrisa cruzó las facciones marfileñas y frías de la hermosa dama. Vi el cigarrillo en sus dedos, largos y sensitivos, con las uñas manicuradas en un tono acre. Dedos pálidos, sensibles. Manos marfileñas. De muerta.

¿Acaso ella…?

Sacudí la cabeza. Traté de no pensar en ello. Era inútil preguntarse constantemente quién era ella, qué era en realidad… Ésa era la incógnita aplicable a todos y cada uno de nosotros. La terrible y constante duda.

—Señorita Strasberg, ¿cómo sucedió? —Traté de averiguar, con la mayor serenidad posible, dada la naturaleza de mi pregunta.

Ella sonrió débilmente al mirarme a mí. Su centelleante mirada de color oro y ámbar, me taladró. No supe si emanaba de aquella mujer una poderosa carga de sensualidad… o de algo mucho menos físico y humano.

—Mi inspiración artística vino de ahí —dijo lentamente—. Yo he visitado Transilvania, señor Haggard. Estuve años enteros allí. Me inspiré para mis obras, sobre relatos y creencias populares. Luego, un día supe de una mujer, en Londres, que había sido atacada en un bosque cercano a la capital, por un extraño ser. Había testigos, gente que afirmaba que vio escapar una figura velluda, pero

aparentemente humana… Luego, esa mujer, Rachel Emery, deliraba en el hospital, mientras sanaba de su hemorragia, afirmando que un hombre-lobo la mordió… Yo visité a la paciente. Ella nunca me vio. Estaba en la inconsciencia, delirando. De ahí obtuve otro motivo palpitante para mi obra de monstruos y de terror.

—Entiendo eso —acepté, pensativo—. Pero… ¿los vampiros?

—Estoy segura de que conocí a uno de *ellos* en la posada donde me alojé —confesó ella, calmosamente—. Por aquella persona supe que las cosas no eran actualmente como pudieron serlo en el pasado. Las leyendas no cambian. Los humanos, sí. Y si, además de humanos, son mutantes en alguna forma, como los *no-muertos*, pongamos por caso, el fenómeno de la adaptación se presenta más claro. ¿Por qué seguir imaginando que un vampiro iba a ser una criatura tan estúpida y limitada como para seguir retrocediendo ante una cruz, ante los ajos o ante cualquier símbolo de religión o de superstición, si su propio afán de supervivencia le haría lentamente ir superando esos traumas? La estaca para morir, como la bala de plata para el hombre-lobo, también habrían sido superadas. Como la vida misma. Como los hombres. Aprendí muchas cosas entonces. Pero siempre estuve segura de que el joven hermoso y sereno que conocí allí y me refirió todas esas cosas…, era algo más que un pretendido ermitaño de vida aislada y frugal. Siempre estuve segura de que, entonces, conocí a un vampiro.

—Y no le causó daño.

—No —negó ella, lentamente. Se tocó los labios, rojos y húmedos—. Pero me besó.

—¡La besó! —El murmullo de Honor era un gemido lleno de horror.

—Sí, querida —musitó Lee Strasberg, girando su rostro marmóreo hacia ella, con una leve sonrisa que no pretendía ser inquietante, aunque lo fuese—. Él me besó. Era joven y hermoso. Yo, soy una mujer… Sentí algo al tocarme sus labios. Un extraño fuego, ardiente y frío a la vez. Como llama y hielo en posible fusión. Es la única emoción que experimenté. Él me contempló con extraños ojos, profundos y tristes, y antes de alejarse solamente murmuró algo, tras su mirada patética. Fueron las últimas palabras que le oí. Nunca más volví a verle.

—¿Qué… qué le dijo? —Quiso saber Honor.

—No, no era lo que piensa. Ninguna invocación, ninguna maldición o sentencia extraña, querida mía. Simplemente me dijo: «Lástima… Lástima que no pueda amarte…». Y se alejó.

—«Lástima que no pueda amarte…» —repetí, ceñudo. Afirmé luego—: Sí, puede que fuese un vampiro… Eso sólo confirmaría que la computadora no se equivoca.

—Me temo que no se equivoca —sonrió ella, fríamente.

—¡Maldita máquina! —mascullé—. Nunca sentí odio por la electrónica… Ahora, sí.

—No es la máquina la responsable —me puntualizó la Strasberg con serenidad—. La culpa es siempre del hombre que la maneja. Lord Conrad programó su computadora con ese objeto. Ahora, la máquina tiene en sus manos la decisión final. Quizá incluso nuestras propias vidas. Me temo que esta cacería es algo demasiado grande. Y demasiado fuera de lo humano. Lord Conrad ha manejado elementos que no son de este mundo. Es posible que se le vayan de la mano y le superen.

—Sería el más justo castigo —comenté con acritud.

—Es posible —suspiró ella—. Pero todos pagaríamos por él…

—De todos modos, ¿no vamos acaso a pagar ya? —protesté—. Este asunto me asquea. Daría algo por hallarme fuera de la isla.

—Le creo, señor Haggard —me sonrió ella, enigmáticamente—. Todos daríamos posiblemente años de vida por vernos otra vez en Londres, lejos de ese maniaco y de su isla futurista, de mecanización, de fría perfección, de artificio y de mentira. Esto es como haber viajado al futuro o haberse ido a otro planeta completamente deshumanizado.

—Un momento —habló Honor, al ver que se encaminaba a la salida.

—Sí, querida —murmuró la voz cálida y personalísima de la dama. Se detuvo, y miró interrogante a su interlocutora. Parecía sentir por ella una instintiva simpatía.

—Lee, se lo ruego. Hay algo que me intriga en todo esto. ¿Puedo llamarla Lee?

—Por supuesto, amiga mía —sonrió ella—. ¿Qué es lo que le intriga tanto?

—Usted…, usted, si realmente tuvo contacto con un vampiro, si fue besada por un *vurdalak*, o como quiera llamar a esas

desdichadas criaturas… y *supo* en ese mismo instante la clase de ser que era aquel…

—Prosiga —la invitó, enigmática, irónica acaso, arqueando sus cejas, al verla vacilar.

—En ese caso. Lee…, ¿no podría… no podría tener ahora una especial sensibilidad para captar la presencia de alguien cercano que pudiera… que pudiera ser *un vampiro*?

—¿Quiere decir si soy capaz de saber quién, de entre nosotros, es el vampiro? —Su sonrisa se amplió, burlona.

—Sí —susurró Honor—. Eso quería decir.

Esperaba una negativa de ella. Por eso me sorprendió su respuesta, fría y serena:

—Sí, querida. Podría saberlo. Es más: *sé quién es*.

—Cielos. —Honor y yo nos miramos, aturdidos—. ¿Eso es cierto?

—¿Usted qué cree? —susurró, enigmática.

Ahora fui yo quien la abordó, dominando la excitación con dificultad.

—Lee, por favor, dígame: ¿podría decirme quién… quién es? De todos modos, va a saberse esta noche, a las diez. Cuando empiece la bárbara cacería, los trucos puestos en funcionamiento por la computadora, conforme a la programación, hará que el vampiro despierte y se manifieste en su horrible naturaleza oculta… Lo mismo que la luz de la luna, ampliada y reproducida por células fotoeléctricas y por sistemas de proyección controlada, hará que el licántropo surja, contra su voluntad, en toda su terrible magnitud infrahumana. Lee, ¿no podría revelarme, siquiera a mí, en este momento… quién será una de las víctimas de ese maldito lord Conrad…?

—¿De veras le interesa saberlo? —Sonrió ella, hermética.

—Sí, me interesa —afirmé.

—¿Para qué? ¿De qué le serviría saber tal cosa?

—Tal vez, para aliarme con él —dije, abrupto—. Para intentar ayudarle.

—¿Ayudar a un vampiro? —El gesto de ella era sarcástico.

—Sí —encajé los labios y sentí rechinar mis dientes. Me era difícil dominar la ira contenida en mí—. Todo, antes que cooperar a esa vergonzosa caza de monstruos. Estoy del lado de ellos, de los

perseguidos. El auténtico vampiro, el verdadero enemigo de la sociedad y del hombre… es lord Conrad.

—Es peligroso adoptar posturas en este caso. ¿Insiste en saberlo?

—Sí.

—¿Insiste en ponerse de su lado, de ayudar a un ser de las tinieblas?

—Cuando esas tinieblas son ajenas a uno, cuando han llegado porque una ancestral maldición o el contacto con un *no-muerto*, vampirizó al ser herido, tienen aún cierta disculpa. No pretendo cooperar con los seres de la oscuridad. Sencillamente, quiero destruir otra forma de Mal, que anida en nosotros: la de nosotros mismos, sin necesidad de ser monstruos.

—¿Lord Conrad? —Sonrió ella, sarcástica.

—¡Si! —afirmé, rotundo.

—¿Por qué quiere que hable, que diga un nombre? —musitó ella, con tristeza.

—Ya se lo he dicho. Si con ello no cree perjudicarme, dígamelo. ¿Sabe quién de nosotros es el vampiro?

—Ya le dije que sí lo sé. Tengo una especial sensibilidad a su presencia, desde mi viaje a Transilvania:

—Bien. Entonces… ¿QUIÉN es? —pregunté, aferrándola con un ímpetu desconocido en mí, hundiendo casi con crueldad mis dedos en sus brazos, y zarandeándola rudamente—. ¿Quién es?

Su respuesta me dejó petrificado, mientras me contemplaba con ojos fulgurantes, muy cerca su rostro del mío:

—USTED, señor Haggard.

CAPÍTULO V

(Del relato de Ross Haggard)

Retrocedí como si me hubieran descargado un mazazo en pleno cráneo.

Creo que nunca sentí un *frío* como el que invadió mi cuerpo, helando mi epidermis y empapándola de un repentino sudor viscoso.

Solté vivamente a Lee Strasberg. Sentí que zumbaban mis oídos y todo daba vueltas en torno mío. Honor Shelley me contemplaba ahora con un horror sin límites. En el rostro de Lee, sin embargo, había una fría y burlona mueca de desafío.

—Dios mío… —susurré—. No, no… Esto no es posible…

—¿Por qué no? —replicó ella, glacial—. Actualmente, el mutante ha podido cambiar tanto, que durante el día es solamente él, la persona que todos conocen. Y hasta piensa como tal, bloqueada su parte cerebral del *no-muerto*. Luego, con las sombras de la noche…, el vampiro toma una parte de ese cerebro y se manifiesta en una dualidad que, en caso favorable, decanta la totalidad de esa personalidad hacia el lado monstruoso…

—De modo que yo… puedo ser Ross Haggard, el periodista…, sin saber que soy, a la vez, un vampiro… —musité con voz ronca, aturdido aún.

—Exactamente, señor Haggard.

—¡Perfecto, señorita Strasberg! ¿Desde cuándo sabe que estoy escuchándoles?

Honor gritó asustada. Yo me volví hacia la puerta.

Lord Malcolm Conrad, siempre afable, social, mundano y correcto, estaba allí, impecablemente vestido de *smoking* para la cena. Miraba burlonamente a todos nosotros. En especial, a Lee, la

artista inquietante.

Ella se volvió sin aparentar sorpresa o inquietud alguna. Miró despreciativa a nuestro anfitrión.

—Desde un principio —suspiró—. Era ridículo no imaginar la presencia de micrófonos en las habitaciones. Su isla es suya, en todo el sentido de la palabra. Lo controla todo. Seguramente, incluso nos vigila por televisión en circuito cerrado, graba cintas con nuestras voces y palabras… Todo es material para su computadora. Datos programados para ir sacando conclusiones, para saber quién puede ser o quién puede no ser un monstruo…

—Es usted muy inteligente, señorita Strasberg —ponderó lord Conrad con frialdad.

—Muy desconfiada, diría yo.

—Y se le ha ocurrido burlarse de mí, acusando al señor Haggard de ser Drácula —me miró y soltó una seca carcajada—. Por Dios, señorita Strasberg, es la última persona a quien imaginaría vampirizada.

—Entonces, ¿por qué estoy aquí? —repliqué con voz acre.

—Porque tuvo un contacto o una proximidad con un monstruo —dijo, indiferente, el noble. Luego, me miró malicioso—. O quizá usted mismo pudo ser un monstruo. Pero no Drácula.

—¿Quién? —Sonreí, más aliviado al comprender que todo era una burla, una broma agria de Lee Strasberg, para que lord Conrad se irritase con ella—. ¿El hombre-lobo o la criatura de Frankenstein? ¿Acaso un *zombie*? ¿O un marciano?

—Sólo hay un vampiro y un hombre-lobo —cortó él secamente. Me estudiaba de un modo lleno de hostilidad—. Veo que también existen otra clase de monstruos en la reunión: los que me odian hasta el punto de preferir aliarse con los infrahumanos, a las criaturas de las tinieblas.

—¿No están en usted todas las tinieblas del mundo, lord Conrad? —repliqué, incisivo. Se encogió de hombros, mientras Lee Strasberg salía, majestuosa, de la habitación de Honor, sin dignarse siquiera dirigirle una mirada a su anfitrión.

—Es cuestión de opiniones —dijo—. Si no quiere ser mi amigo, allá usted. No ganará nada intentando colaborar con…, con *ellos*. Cuando se vean acosados y vencidos, se revolverán contra todo el que se les acerque. Son peores que fieras, entiéndalo.

—Todo el mundo es peor que una fiera cuando se le acorrala, no lo olvide —le dije con frialdad—. Usted mismo podría verse en ese trance, lord Conrad.

—No será fácil —rió entre dientes—. Recuerde que éste es mi coto. Y yo soy el cazador. Todo está previsto y programado. Ese imbécil de *sir* Clemence no tiene nada que hacer. Perderá la batalla. Yo cazaré a mis dos piezas elegidas, no lo dude.

—¿No será eso jugar con ventaja?

—Oh, no. Las posibilidades están equilibradas, créame. No sería justo hacer trampas. En el momento de iniciarse la cacería, él conocerá tan perfectamente como yo mismo, las condiciones de la cacería, los factores favorables y desfavorables. Si pierde, es porque será peor cazador que yo, no lo dude.

—O tal vez no sea tan cruel como usted. *Sir* Clemence está habituado a cazar fieras vivas, no hombres.

—¡*Ellos* no son hombres! —rechazó airado lord Conrad—. ¡Simbolizan el Mal!

—El Mal… —susurré, furioso, apretando los puños—. ¿Y usted, lord Conrad? ¿Qué representa usted como símbolo? ¿No es acaso el propio Mal el que anida en su instinto, mente y corazón? ¿No es usted tan monstruoso como cualquiera de ellos, pero aún con menos razón de ser?

Me estudiaba con frialdad. Cada palabra mía lograba crear en él un sentimiento más de odio hacia mí.

—Le deseo una divertida noche, señor Haggard —silabeó al fin, sin responder a mis acerados requerimientos—. Y aunque prefiera quedarse en su habitación y no asistir a esa cacería… yo le aseguro que no quedará al margen de ella en modo alguno. El sistema de transmisión de sonidos, desde el bosque, traerá a cada rincón de la casa la realidad palpitante de esa caza. En cada muro de los que le rodean, le guste o no, hay pantallas invisibles de televisión, que se iluminarán cuando empiece el festejo. ¡Todos los lugares de la isla serán puntos de observación para seguir la cacería! Nadie en el mundo hizo jamás con anterioridad nada parecido.

Se marchó, orgulloso de su alarde de automatización e información. Miré con odio los paneles, ahora normales. No me cabía duda de que decía la verdad. Aquellas maderas confortables se deslizarían, accionadas por alguna de las complejas células

electrónicas de la computadora situada en la isla, y cientos, miles de pantallas de televisión aparecerían por doquier, obligándole a uno, con su imagen y su sonido, a seguir, incluso contra la propia voluntad, las incidencias de la horrible búsqueda de las piezas vivientes.

Me volví hacia Honor, soliviantado:

—¿Te das cuenta ahora? —murmuré—. ¿Comprendes cuál es el verdadero terror? ¡Ese hombre nefasto y su maldita isla endemoniada! ¡Todo esto respira sangre, animalismo, crueldad y odio! ¡Todo esto es oscuridad, maldad y muerte! Dios mío, pobres monstruos… ¡Pobres monstruos!

Y creo que, por primera vez. Honor se hubiera sentido feliz entre las criaturas terroríficas de sus películas, incapacitada de expresar pánico o angustia hacia ellas.

* * *

La cena fue particularmente silenciosa, llena de tensión.

Rachel Emery se disculpó de bajar, diciendo que sentía un fuerte dolor de cabeza. Le subieron la cena a su habitación. Lord Conrad no objetó nada, ni se lamentó de la ausencia de la pitonisa de quien se decía que una vez fue mordida por un hombre-lobo, en un bosque británico.

Los diez comensales que éramos a la mesa, contando a nuestros anfitriones, parecíamos separados mutuamente por auténticos muros de hielo, de desconfianza, de incertidumbre, de verdadero pánico, incluso. Pánico al tiempo, a la hora que se aproximaba inexorable.

Las diez de la noche…

Eran las ocho y media cuando la cena terminó. Nunca se había hecho tan larga media hora, ni discurrió tan brevemente una cena copiosa en la que, para ser sinceros, muy pocos fuimos capaces de tomar algo que, realmente, sirviera de refrigerio. Hubo algunos que no cenaron. Los platos fueron retirados intactos de delante del doctor Gordon Castle, el biólogo, así como de Lee Strasberg y del anticuario Gilling. El de más apetito, resultó ser Alec Helmore, el pelirrojo músico callejero del Soho y de Spitalfields, que, además,

estaba ingiriendo vino como una cuba.

Nos levantamos. A la sala de fumadores nos dirigimos todos los hombres, mientras las damas, en vez de reunirse, se dispersaban, buscando la soledad en los rincones, evitándose unas a otras.

Lady Conrad estaba extrañamente pálida durante la cena. Me sorprendió encontrarla ante la puerta de acceso a la sala de fumar, cuando yo me dirigía allá.

—Un momento, Haggard, por favor —me pidió.

—Sí, señora —me incliné, cortés.

Esperé a que ella hablase. Estaba aún más pálida que antes. Y muy nerviosa. Tardó en empezar lo que tuviera que decirme.

—Haggard, mi marido me ha comentado algunas cosas… Sobre usted, especialmente.

—¿Sí? —Enarqué las cejas—. Supongo que ninguna sería demasiado grata.

—Está muy dolido con usted. Dice que es su enemigo declarado.

—Creo que tiene razón. Pero es él quien resulta ser el enemigo de todos, señora.

—Sé lo que quiere decir —bajó la mirada. Su noble, arrogante porte de mujer cuarentona, elegante, brillantemente social, parecía haber sufrido un rudo golpe en las últimas horas—. Yo…, yo no apruebo nada de esto. Es una locura.

—Peor aún, señora. Es una monstruosidad. Y no lo digo por los monstruos.

—No pude disuadirle. Malcolm ha cambiado mucho últimamente. Está obsesionado con las dos ideas que dominan su vida: la caza y el coleccionismo. Aparte de los estudios sobre supersticiones y leyendas, claro está. Ha hecho con todo eso una mezcla delirante. Desea ser el mejor cazador de todos los tiempos. Y poseer dos únicos trofeos en el mundo: la cabeza de un hombre-lobo… y el corazón de un vampiro.

—Dos trofeos espeluznantes —comenté—. No quedarían bien en el pabellón de caza, señora.

—Por Dios, no diga eso —tembló, aterida—. Entiendo lo que siente, pero nada ni nadie apartará a Malcolm de su camino. Llegará hasta el fin, sea éste cual sea. Y, desgraciadamente, mucho me temo que no sólo dos monstruos caigan esta noche en la isla. En realidad, todos peligramos por un igual. Hay dos fuerzas

antagónicas y mortíferas, desatadas hoy en la isla: el poder aniquilador, frío y científico, obtenido por mi esposo a cambio de millones de libras esterlinas. Y la fuerza desconocida sobrenatural, de los seres que sufren sobre sí una maldición ancestral, ajena incluso a su propia voluntad.

—Me alegra que lo entienda, *lady* Conrad —murmuré, estudiando con dolor a Felicia Conrad, otra de las víctimas inocentes de aquel horror desatado por la demencial obsesión de su marido—. ¿Usted nada puede hacer por evitarlo, siendo su esposa?

—¿Yo? —Me miró con tristeza—. ¿Cree que no he intentado ya todo y mucho más?

La estudié en silencio. Asentí.

—Sí, señora —convine—. Estoy seguro de que lo hizo así, lo siento. De veras lo siento. Por usted, por todos nosotros… y hasta por los dos monstruos sentenciados…

Ella no dijo más. Se hizo a un lado, en silencio, mirándome patética. La dejé atrás.

Entré en la sala de fumadores.

Poco después, iniciábamos un juego inquietante, pero acaso necesario. Algo que nos distraía, a la espera de la hora funesta. Y que, en cierto modo, ayudaba a ir aclarando dudas y recelos.

Aunque había que convencerse de que alguien de entre nosotros, forzosamente, mentía.

Sólo que… aún no era momento de saber *quién* era el embustero.

* * *

—Creo que ha llegado el momento, caballeros, de referir mi relación con algún monstruo conocido. Aunque nunca admití eso como tal realidad, debo explicarlo ahora aquí, a la vista de las circunstancias que nos están tocando vivir.

Era Elliot Gilling, el anticuario de Chelsea, quien había roto el fuego. Le miramos todos, entre escépticos e indiferentes. Pero él, ansioso, prosiguió, pese al escaso éxito inicial:

—Una vez vi personalmente a Drácula, caballeros.

Eso nos animó un poco. Personalmente, sentí un escalofrío. Creo que los demás, cuando menos, todos menos uno, debió sentir algo

parecido. Le miramos. Alguien rió huecamente, sin el menor humorismo.

—Si hubiera escuchado eso antes, en otra parte, hubiera llamado a los loqueros —dijo. Era *sir* Clemence Hunt quien hablaba, mordisqueando su largo y grueso cigarro habano.

—Pues es cierto, caballeros —confirmó Gilling—. Vi a Drácula en mi tienda de Chelsea, entre mis viejos objetos y muebles en venta. Era la caída de la tarde. Estaba oscuro fuera. Me preguntó el precio de algo que yo no esperaba poder vender a nadie: un viejo sarcófago, un ataúd de hacía muchos años, forrado en seda roja… Aquel hombre era alto, esbelto, con traje negro y capa amplia, que me pareció de forro rojo. Le dije el precio y fui a encender las luces de la tienda. Cuando volví, el dinero estaba en mi mostrador. El visitante se había ido. ¡Y el lugar del ataúd estaba vacío!

—Cielos, ¿no informó de eso a la policía? —indagó Cecil Waxman, inclinándose hacia él, con su rostro informe envuelto en la penumbra del rincón elegido. Habitualmente, buscaba sitios así para pasar desapercibida su terrible fealdad.

—¿Quiere que me encerrasen por loco? —masculló Gilling—. Conté el hecho a algunos amigos, eso fue todo. No lo tomaron en serio, o pensaron que el comprador era un chiflado. Y olvidé todo eso. No sé cómo esa maldita máquina pudo relacionarme con un vampiro, sólo por un hecho que nadie conoce…

—Sospecho del sistema —dije fríamente—. Lord Conrad contrató investigadores. Averiguaron datos de todo el mundo, preguntando a vecinos, amigos, clientes y gente así. Luego, con todos los datos computados, hizo tarjetas para la computadora. Ésta seleccionó los que consideraba idóneos como posibles contaminados por el hombre-lobo o por el vampiro…

—Eso es muy razonable, Haggard —convino de repente el doctor Gordon Castle, el biólogo—. Yo tengo en mi laboratorio sangre de hombre-lobo.

Me volví hacia él, fascinado por la revelación. Todos miraban al investigador ahora.

—¿Usted tiene eso, doctor? —Me asombré—. ¿Cómo la obtuvo… y cómo sabe que pertenece a un licántropo?

—Recuerde que soy biólogo —suspiró él—. A los hombres de ciencia nos ocurre, en cierto modo, lo que a los expertos en OVNIS,

pongamos por caso. Aunque la Tierra se viese rodeada de objetos volantes no identificados y hubieran desembarcado realmente seres de otros mundos aquí, mientras no fuese algo conocido colectivamente, los Gobiernos y los técnicos guardarían el secreto celosamente, para evitar el pánico general. Pues bien, ése es también mi caso como biólogo. Sé que existen licántropos. Lo tengo demostrado y probado sin lugar a dudas. Mis investigaciones fueron mostradas al Instituto Británico de Biología, y ellos se quedaron cuanto yo poseía, advirtiéndome de mi obligación de guardar silencio sobre el hecho. Si refería algo públicamente, sería expulsado de mi Colegio, y procesado por fraude. Así son las cosas en nuestra sociedad, caballeros. Hay temas tabú que no pueden ser conocidos del vulgo, y ése es uno de ellos. Se me exigió la entrega de todo el material de investigación, pero logré ocultar una muestra de sangre del licántropo que un día me visitó, en plena metamorfosis, malherido por unos disparos, pidiéndome ayuda y curación.

—¿Le curó, doctor? —me interesé.

—Le curé, sí —afirmó, rotundo—. No de su dolencia inmaterial, que era la de licantropía. Sané sus heridas. Se marchó antes de que yo pudiera retenerle. Su aspecto humano era enteramente normal. Pero yo no podía olvidar que vi su vello hirsuto, sus ojos de fiera sedienta de sangre, sus colmillos babeantes… Era un hombre-lobo, sí. Al ser él mismo, se transformó en un joven apacible y sereno. No sé dónde estará ahora. Pero ése fue mi contacto con él.

—El mío fue con un vampiro, caballeros.

Todos nos volvimos al nuevo personaje que se sinceraba en la reunión. Era el más horrible y estremecedor de todos. El repulsivo, deforme señor Waxman.

—¿Un vampiro? —se interesó *sir* Clemence Hunt, encendiendo de nuevo su veguero apagado. Le miró curiosamente, con cierta desconfianza—. ¿Seguro que no es usted mismo uno de esos seres?

—*Sir* Clemence, no me pueden ofender sus palabras —sonrió el extraño Cecil Waxman, el hombre monstruoso—. Después de todo, el vampiro que yo vi era hermoso.

—¿Hermoso? —dudó Gilling.

—No era un caballero, sino… una mujer —aclaró el hombre de la faz abrasada.

—¡Una mujer! —mascullo Alec Helmore soezmente, con una risotada—. ¡Estupendo! ¿No le dio usted un buen cachete en la nalga, Waxman? ¡Curvas de vampiro *sexy*! ¡Eso no se ve todos los días!

Su broma de mal gusto cayó en un silencio glacial. Waxman le miró de una forma que causaba más terror que todos los vampiros del mundo unidos. Sobrio, seco, se limitó a explicarnos a los demás:

—Era una hermosa mujer, algo fría y distante… No vestía de oscuro ni era pálida, como parece tradicional en tales casos…

—¡Entonces era una *vampiresa*, no un vampiro! —se mofó aún, entre risotadas, el inevitable y chabacano Helmore, creyéndose en alguna *pub* de Spitalfields.

—Fue compañera mía de trabajo durante poco tiempo —prosiguió, inmutable, el experto en fotografía y trucajes—. Una modelo excepcional. Estilizada, elegante, delicada… Pero había algo extraño en ella, y nunca supe lo que era… hasta que el taller donde trabajaba yo, se prendió fuego. Era un día en que había gran cantidad de celuloide, material fotográfico y ácidos para revelado almacenados allí. Tenía que hacer los trucajes especiales en una película… Una película de terror, interpretada precisamente por su bella amiga, la señorita Shelley, señor Haggard —me dijo de repente, como aclaración—. No sé si la recordará… *Los rostros del vampiro*, o algo así…

—Sí, creo que sí —asentí, con desasosiego. Le miré, pensativo—. Siga. ¿Qué sucedió?

—Ella, mi modelo…, pensé que me serviría para un trucaje especial de superposición fotográfica, en una escena en que una mujer-vampiro de la película atacaba precisamente a la señorita Shelley… Obtuve las ropas adecuadas y le pedí a Karin… Karin era ella, ¿saben? Le… le pedí que se vistiera y posara en una serie de imágenes para el trucaje.

»Yo entré en el laboratorio, a preparar el material. De repente, oí un grito. Salí del mismo. Karin acababa de vestirse con el indumento del vampiro tradicional, y había entrado al estudio de fotografía, donde tenía dispuesta la escena para el truco.

»En cuanto vio el féretro, los elementos de terror, y contempló sus ropas, Karin sintió miedo a algo. Acaso a sí misma, a su subconsciente vampirizado. Quise calmarla. No me fue posible.

Cayó hacia atrás, golpeó unos focos. Los quebró. Empezó a arder todo. Las llamas se extendieron por doquier en instantes. El celuloide prendió rápidamente. Y también las ropas de Karin.

»Intenté salvarla, la tomé en mis brazos. Creo que nunca vi algo más horrible. Al envolverle las llamas, su rostro se hizo ceniciento y macabro, se descompuso su cuerpo en mis brazos… Chillé, horrorizado. Creo, incluso, que la abracé, la besé, sin importarme su aspecto atroz de ese momento. Era un simple cadáver, viejo como el mundo…

»Luego, por pretender sacarla aún de allí, las llamas prendieron en mi cuerpo. Caí. Me cayeron encima cortinas encendidas…

»Salí con vida, ustedes lo ven. Pero más valdría que no. En cuanto a Karin… se quedó allí para siempre. Era un cuerpo rugoso y ceniciento, informe y atroz. No revelé a nadie lo ocurrido. Me limité a explicar que mi modelo… había muerto en el incendio.

Enmudeció. Era una terrible historia. Pensé que, indirectamente, se relacionaba también con Honor. Aquello pudo obligar a la computadora a elegir la cartulina perforada con los datos de Honor Shelley. Y, desde luego, sin duda alguna la de Cecil Waxman…

—¿Y usted, Helmore? —preguntó de repente Gilling, volviéndose al escandaloso músico callejero, que había enmudecido, impresionado acaso por el relato último—. ¿Por qué diablos un tipo de su condición está aquí esta noche? ¿Qué tiene usted que ver con monstruo alguno, a menos que los monstruos sean unos borrachos mal educados, cosa que dudo?

Esta vez sí hubo algunas leves risas, aun dentro del tenso dramatismo de la reunión.

Pero pronto se acallaron, cuando Alec Helmore se volvió abruptamente hacia el anticuario y masculló, con voz ronca y enfurecida:

—¡Váyanse todos al diablo! ¿Por qué creen que me hice un borracho y bebo y bebo sin cesar, malditos sean? ¿Por qué pretendo olvidar, no pensar, ahogarme en alcohol? ¡Para olvidar! ¡Olvidar todo lo posible!

—¿Olvidar? —dudó *sir* Clemence—. Olvidar… ¿qué, Helmore?

—Olvidar aquella noche en Soho… cuando el caballero elegante y la dama… se convirtieron en dos fieras sanguinarias, delante de mis propios ojos…

—¿Qué quiere decir? —Me incliné hacia él, expectante—. ¿Qué clase de fieras?

—Oh, señor, fue espantoso. Tocaba mi acordeón y mi armónica, como de costumbre. Había mucha niebla esa noche… De repente, me encontré ante las luces de una taberna. Un coche se paró delante. Descendieron dos jóvenes bien vestidos. Él, de etiqueta, con abrigo negro. Ella, elegante con su traje de noche, su capa de pieles… De repente, sucedió algo. Ella tropezó y cayó. Se hizo un rasguño y sangró su pierna. Él se inclinó hacia ella y… ¡Dios mío, qué horror! Por sus ropas, que reventaban, desgarrándose, comenzaron a brotar vellos erizados, su rostro se transformó en una máscara de pelo, de colmillos, de hocico babeante Se lanzó sobre ella, lo mordió ferozmente… ¡y entonces ella también se transfiguró! Todavía fue más espantoso porque… porque su capa de pieles saltó, desgarrándose, igual que su vestido…

»Cuando parecía que iba a emerger desnuda de aquellas ropas… lo que vi fue otro cuerpo velludo, enorme, hinchado, que rebosaba las prendas de vestir, desgarrándolas, para convertirse en una fiera, mitad humana, mitad animal. Hombre y mujer eran dos lobos humanos, despedazándose a dentelladas feroces, rugiendo como auténticas fieras hambrientas y rabiosas…

»Enloquecido, tire mis instrumentos, corrí y corrí, pidiendo auxilio…

»Cuando dos policías vinieron conmigo al lugar del suceso, sólo hallaron manchas de sangre, ropas desgarradas… Olieron mi aliento, cuando afirmé lo que había visto. Se limitaron a informar de un posible accidente y de un herido o heridos que se habían marchado. Yo internado en un establecimiento psiquiátrico y sometido a tratamiento. Nadie me creyó jamás. Y lo poco que entonces bebía, es ahora mucho, mucho, más cada vez… ¡Sólo me faltaba estar ahora aquí, viviendo esta pesadilla con ustedes…!

Enmudeció, con un sollozo. Por vez primera, Helmore nos causó el suficiente respeto para callar todos, comprendiendo su sufrimiento, y dándonos cuenta, por vez primera acaso, de que muchas historias insólitas de borrachos y visionarios, no son tales. Pero la sociedad oculta celosamente a sus miembros todo aquello que puede alterar el equilibrio establecido.

—Bien, amigo mío —habló ahora el doctor Castle, dirigiéndose a

mí—. Sólo falta su propia historia, su relación con algún monstruo, Haggard.

—¿Mi historia? —Me sobresalté—. Oh, sí, es cierto… Bien, caballeros, yo puedo decirles, respecto a mí, que…

En ese momento empezaron a sonar lentas campanadas procedentes del comedor.

Por toda la isla de súbito, se percibió una sirena, ululando prolongada. Las luces oscilaron en todas las habitaciones del confortable edificio Victoriano.

—¡La hora de la cacería ha llegado, señores! —retumbó la voz de lord Conrad, procedente de algunos ocultos altavoces, con metálica entonación—. ¡Es el momento!

Simultáneamente, los paneles de madera comenzaron a deslizarse. Imágenes limpias, en color, televisadas en circuito cerrado por todo el recinto, comenzaron a aparecer en las pantallas ocultas hasta entonces, seguramente recubiertas de un vidrio irrompible o un plástico especial, para evitar que los enfurecidos invitados las destrozáramos.

Sin tiempo para hablar, nos pusimos en pie todos, simultáneamente. *Sir* Clemence Hunt lanzó un ronco rugido, y vi su rostro enrojecer de excitación. Tenía la vista fija en las pantallas de televisión, que presentaban diversos planos de los bosques de la isla, crudamente iluminados ahora por una serie de reflectores.

Reconocí aquella claridad. Toda ella era luz lunar. Espejos y células especiales de reproducción luminosa, ampliaban hasta casi causar dolor en las retinas, la fuerza y color pálido de la luz de la luna, allá en el cielo.

Había claridad suficiente para una cacería en plena noche. Las piezas, inexorablemente iban a ser acosadas y vencidas en aquel bosque radiante. *Sir* Clemence olvidaba ya la razón, su propia humanidad, excitado por la proximidad de la caza.

Ya no era un amigo de nadie. Era un cazador, ávido de aceptar el desafío. Comprendí que tan despiadado sería lord Conrad como *sir* Clemence. En el corazón del cazador, no cabía la piedad hacia la pieza acosada.

Siempre había sido así, y ahora no tenía por qué ser diferente. Es más, quizá en estos momentos fuese peor de lo que nunca fue. Más salvaje, más inhumano, más brutal que nunca. Por algo era una

cacería única en la historia.

Salimos en tropel de la habitación de fumadores. Nadie quería quedarse solo. *Sir* Clemence mascullaba imprecaciones, pidiendo armas y calificando a lord Conrad de «mal nacido» y de «enemigo desleal».

—Cálmense todos —sonó de nuevo la voz de lord Conrad—. Clemence, tú especialmente. Sé cómo reaccionas. No temas. No hay ventajas para nadie. Espero afuera. Las armas son idénticas para ambos. Vamos a comenzar…

Corrimos hacia el porche. Afuera, la luz lunar, repetida y centuplicada mecánicamente, de un modo artificial, hacía del islote un ascua de luz fantasmal, casi siniestra.

El aire, al salir, olía a sangre. Recordé el juego diabólico de nuestro anfitrión. Procedimientos artificiosos daban olor de sangre a la atmósfera. Las aguas correrían con coloración roja, con olor y sabor de sangre…

Eso sería decisivo. Eso, y la luz de luna llena… El hombre-lobo, el vampiro… Todos los monstruos mutantes reaccionaban a un igual a tales estímulos. Especialmente, cuando se centuplicaban para activar la metamorfosis…

De repente, oí un alarido atroz, alucinante, inhumano. Me volví. Yo iba el último del grupo. Y fui por tanto el único en verlo.

El olor a sangre, la saturación de hemoglobina en el aire de la isla, había causado sus terroríficos efectos.

Ante mis ojos desorbitados, incrédulos, el vampiro se materializó dentro de la casa…

Alguien se transformó delante mío. Un rostro noble se alteró. Una figura conocida se hizo extraña. Una expresión diabólica, unos ojos inyectados en sangre, unos incisivos afilados y siniestros, emergían de unos labios antes serenos y tranquilos…

Luego, una forma humana, que casi no lo era ya, atravesó la vidriera de un ventanal y, entre destrozo ruidoso, con un aullido de furia inhumana, se perdió en la noche iluminada, camino del frondoso bosque, dejando tras de sí jirones de sus ropas.

Ahora, ya sabía quién era el vampiro. Yo conocía ya a uno de los monstruos.

Y algo, un error terrible, se había producido en la computadora de lord Conrad. La máquina, una vez más, había fallado. Corrí a

nuestro anfitrión que, rifle en mano, sonreía en el porche, volviéndose hacia la casa, sin haber podido advertir más que una figura borrosa, hundiéndose en la pesadilla del bosque iluminado.

—¡Pronto, vamos ya! —jadeó, trémulo, feliz, ebrio de gozo—. ¡Ya un monstruo se ha revelado en su verdadera personalidad! ¡Usted, Haggard! ¡Usted tuvo que verlo! ¿Quién era?

Le miré. Antes de responder, dije con un jadeo ronco:

—Lord Conrad, su computadora… se equivocó…

—¿Equivocarse? —rechazó—. ¡Imposible! Nunca falla.

—¡Lord Conrad, falló! ¡Un error atroz se ha cometido! ¡Detenga esta insensatez, trate de evitar la cacería, interrumpa el juego maldito!

—Imposible, Haggard —sonrió—. No podría hacerlo. La computadora está ahora, desde el momento mismo en que esto se inició, totalmente aislada y bloqueada. Nadie puede llegar a ella… hasta que el hombre-lobo y el vampiro sean muertos. Así está programada…

—Entonces… —le miré, con desánimo, con abatimiento. Y también con odio, con desprecio—. Entonces, lord Conrad, siga adelante. Termine su obra. Y que Dios le perdone…

—Haggard no dramatice más. Infórmeme, vamos. Lo sabré luego, de todos modos.

¿Quién fue la persona que se transformó? ¿Quién era el vampiro de entre ustedes?

Le miré con náusea. Con desprecio. Y se lo dije:

—Era… su esposa, lord Conrad. Era *lady* Felicia Conrad… ¿Comprende ahora el error de la computadora al elegir las tarjetas de los invitados?

TERCERA PARTE

LUZ DE LUNA

CAPÍTULO I

(Del relato de Ross Haggard)

Los disparos retumbaban en el bosque.

Los ojos se mantenían fijos en las pantallas de televisión. Algunos habíanse dirigido al exterior, para seguir la cacería de un modo más directo.

Yo era de los que permanecían adentro. Clavaba mi mirada angustiada en aquellas imágenes, nítidas y fieles.

También lord Conrad estaba allí.

Un lord Conrad trémulo, patético, descompuesto y sollozante. El superhombre se había venido abajo. La crueldad y la firmeza habían cedido ante la furia desencadenada de los acontecimientos.

Ahora, impotente, asistía a su propio caos. Su rival más directo, *sir* Clemence Hunt, rifle en mano, perseguía por el bosque a su presa. Sus balas incendiarias, de un arma especialmente diseñada para lord Conrad en aquella ocasión, si alcanzaban a *lady* Conrad, la aniquilarían.

Ahora, todos sabíamos lo que lord Conrad supo gracias a su computadora: el fuego era el arma para extinguir la vida de un vampiro.

Esa arma iba a extinguir la vida de su esposa. Ella era el vampiro. Acaso una descendiente del mítico Drácula. Acaso vampirizada una vez, en época lejana…

—Pero era… era una buena esposa —insistía patético, una y otra vez—. Lo era… Su enfermedad… tal vez era sólo una enfermedad hereditaria… no se había manifestado nunca para el mal.

—Es como un tumor, lord Conrad —sentencié—. A veces se lleva con uno hasta morir, pero jamás se manifiesta fatalmente. Ahora, usted ha provocado la malignidad de ese tumor. Y sólo cabe

la muerte. Porque sólo cuando ella muera, junto con el hombre-lobo, la computadora cesará en su funcionamiento. Si no, es inexorable. Seguirá su tarea.

—Sí, Haggard. Usted tiene razón. Lo dispuse todo para que no hubiera escapatoria. En tanto no perezcan el hombre-lobo y el vampiro… nadie podrá salir de aquí. Las aguas, alrededor de la isla, emiten descargas de alta tensión, mortales de necesidad. Por eso no está el yate ahí. Por eso, mientras no termine la cacería, no existe solución posible.

¡Todos estamos condenados!

—Y ahora, *sir* Clemence busca implacable su presa —susurró Gilling—. Vea su obra, lord Conrad. Un hombre, un amigo, su competidor, va a cazar a su esposa, va a asesinarla fríamente…

—¡No, no! —rugió el aristócrata, cerrando sus ojos—. Callen, ¡callen todos!

—No callaremos fácilmente —replicó Waxman, colérico—. Usted nos metió a todos en esto. Usted buscó a sus monstruos lejos de sí… y lo tenía bien cerca. Su propia esposa, que es ahora la víctima de este juego absurdo y trágico. Nos ha condenado a un final horrible, si no detienen esa computadora y las aguas dejan de ser electrizadas con alto voltaje. Pero la computadora está programada para detenerse y permitir el acceso a ella, sólo cuando hayan muerto sus monstruos, sus aborrecidos monstruos. Bien, lord Conrad. Uno de ellos está a punto de caer. Su amigo, *sir* Clemence, traerá sin duda el cadáver de un vampiro a esta casa. ¡El cuerpo sin vida de su propia esposa! Pero ¿y el hombre-lobo?

»¿Quién de nosotros es el hombre-lobo y por qué no se ha manifestado aún? ¿No estamos rodeados de radiante luz lunar? ¿Qué ocurre, que ese monstruo no se revela en su fealdad sanguinaria, para gozo suyo, lord Conrad? Así, al menos, podrá cobrar su propia pieza sin escrúpulos ni cargos de conciencia…

—¡Oh, no siga, no siga! —Se cubrió los oídos con ambas manos crispadas, derrumbado en un sillón, ante una de las pantallas de sus televisores fascinantes. La imagen en color nos reveló ahora a *sir* Clemence, avanzando entre la espesura, bajo rayos de luna reproducidos por espejos magnéticos.

La escena tenía mucho de irreal, de cacería en otro planeta. Y, después de todo, ¿qué era Moon-Star Island sino un planeta de

horrores, dentro de la propia Tierra, un mundo diminuto y dantesco donde la ciencia moderna se había superado a sí misma, para engendrar una obra fríamente perfecta y, por ende, fríamente monstruosa?

Un mundo de electrónica, un prodigio de cibernética, al servicio de una idea fantástica: la lucha del hombre moderno, endiosado, contra los poderes maléficos ancestrales, la soberbia del hombre orgulloso, enfrentada a sus propios terrores y miedos eternos…

Ahora, lord Conrad estaba pagando el amargo tributo a tanta estupidez, a tan ciego complejo de superioridad.

Pero también nosotros pagábamos nuestro propio precio. Allí nos agazapábamos, apiñados, llenos de terror, dejando solamente al cazador, solo en la noche. A *sir* Clemence Hunt, tan despiadado y tan inhumano como su amigo, dando caza inexorable a una pieza humana: a la esposa de su propio rival de cacerías.

Para él, en estos momentos, ella no era una mujer, ni tan siquiera un vampiro. Era el trofeo que se cuelga del muro de casa, para alardear de triunfo, su superioridad ante los demás.

Sólo eso, triste y desgraciadamente.

—El hombre-lobo… —gimió el noble—. El hombre-lobo… Tiene que aparecer… Si no se presenta, si no es aniquilado esta noche aquí ¡no saldremos nunca de la isla! ¡No se puede alterar el funcionamiento de la computadora! ¡Nadie podrá sacarnos de aquí jamás! ¿Es que no lo entienden?

—Sí, lo entendemos —asentí despacio, caminando hacia el porche—. Creo que entendemos todos muy bien.

—¿Qué es lo que piensa, Haggard? —me preguntó Gordon Castle, el biólogo, acercándose también a mí, con sus manos hundidas en los bolsillos.

—Estoy pensando en el hombre-lobo —dije, mirando la luz lunar en el exterior—. Resulta curioso… Ahora, esa fiera, esa bestia, ese monstruo… tendría que surgir, dar fe de vida, dejarse matar como una alimaña… para que los demás sobrevivan. Es decir: se depende del sacrificio, de la generosidad personal de… ¡de un monstruo!

Me miró tristemente Castle. Asintió, despacio.

—Sí, Haggard —dijo lentamente—. Eso me temo. No es justo, ni siquiera lógico. Pero el hombre-lobo tiene en sus manos, en sus garras o como quiera decirlo… nuestras vidas todas.

—Eso es lo más irónico, lo más grotesco de toda esta locura que él edificó —dije, señalando a lord Conrad.

Éste me miraba con ojos angustiados, trémula su expresión de hombre vencido, roto definitivamente. No pude sentir compasión por él. Pero sí por Honor. Por Waxman, por todos los demás. Les miré. Me miraron.

Suspiré, acercándome al porche. Estudié el exterior, bañado de luz plateada.

—¿Adónde va, Haggard? —se interesó Castle.

—Afuera. Al porche —sonreí—. A la luz de la luna.

—¿Para qué? —me preguntó el biólogo. Le miré fijamente.

—¿Y aún lo pregunta? —dije cansadamente—. Tengo que hacerlo, ¿no comprende? Tengo que sacrificarme por todos ustedes…

—Haggard —musitó el biólogo.

—Sí, doctor. Creo que usted lo adivinó. Para algo conoce la vida… y sus misterios. Y trató una vez a un hombre-lobo —le sonreí, tranquilizador—. Yo… YO SOY EL HOMBRE-LOBO…

Y salí al plenilunio artificiosamente centuplicado.

A mi destino. A mi suerte final.

CAPÍTULO II

(De los pensamientos de «Alguien»)

He tenido que hacerlo…

¡Dios mío, he tenido que salir, someterme a la luz lunar, concentrar mi mente bajo esa claridad nocturna, aumentada cien, acaso mil veces por los sistemas magnéticos de reproducción luminosa de esta maldita isla de ficción futurista!

Ya noto que acude a mí ese oculto y terrible designio de mi dolencia… Mi mente humana se libera en parte de su consciencia. Ahora vuelvo a saber que soy yo. Que soy, a la vez, dos seres diferentes…

Ross Haggard, el periodista… y el hombre-lobo.

No. La computadora, cuando menos, no se equivocó conmigo. Sólo con *lady* Felicia Conrad. Sólo con ella…

Yo…, yo debo pagar ahora mi tributo. Sacrificarme por todos. Permitir que Honor y los demás salgan vivos de este islote de pesadilla. Es lo menos que puedo hacer.

Nunca he sido malo. Nunca quise serlo. No sé cómo ni cuándo adquirí este mal. Está en mi mente, en mi sangre, en mi naturaleza. No puedo vencerlo. Esa luz… ¡Maldita sea esa luz! Mi cabeza… me estalla… Siento… siento frío. Y luego calor. En todo mi cuerpo…

¡Oh, no, no…! Honor sale, me mira… Quiero advertirla. Le grito. Quiero que se vaya, que se aparte lejos de mí, que no… que no me vea… jamás. No así…

No puedo gritar. He rugido. Un sonido ronco inarticulado, horrible. Brota de mi boca… No, de mi boca no. De mis fauces… Corre la baba entre mis colmillos… Alzo mis manos para apartar a Honor, para cubrirme…

¿Manos? ¡Zarpas horribles, velludas, monstruosas! Soy un

animal. Un espantoso, cruel animal…

¡Soy, una vez más, el hombre-lobo…!

¡Maldito, maldito sea mi destino!

No puedo soñar con una vida normal… ni aspirar a que Honor me ame… y sea mía para toda una vida…

Felicidad, amor, sosiego, paz… Nada de eso me está permitido, por culpa de este horrible mal que me devora… ¡No, doctor Castle, no venga a mí! ¡No me ataque…!

Es inútil. No sé por qué lo ha hecho. Me ha arrojado algo. Algo punzante, algo doloroso.

Se ha clavado en mi cuerpo, ha penetrado hondo en mi piel velluda de licántropo…

Castle, el biólogo, se aparta, se mete en la casa, asustado… Me arranco la púa de acero que me taladra… Sangro. Sí, estoy sangrando, maldita sea… Ese doctor me ha herido.

¿Por qué? Él sabe que yo… yo no quiero dañar a nadie. Sólo morir…

Oh, no. Honor, no… ¿Por qué tú? ¿Por qué ahí, mirándome, viendo este horror…?

Honor, Honor, amor mío… Querría gritar eso, y no puedo. Me debato bajo la luna. Me duele la herida. Lanzo rugidos atroces. Todos revelan terror, pánico hacia mí…

¿Todos?

No, no. Todos, no. Ella… Honor… ¡ella me está mirando, me sonríe, se acerca a mí! Oh, Honor, mi vida, no lo hagas… ¿Para qué sufrir más? No, no te acerques…

Y se acerca… Me mira. ¡Dios mío, cuánta ternura, cuánta comprensión en esos ojos! Caigo de rodillas. Me duele mucho la herida del doctor Castle. Me da vueltas todo… Pero… ¿qué es eso?

Alguien… alguien ha apartado a Honor. La ha derribado brutalmente al suelo. Ella ha gritado. Ese alguien… empuña un potente rifle. Un rifle extraño, desconocido para mí…

¡Lord Conrad! Viene hacia mí. Se ha transfigurado de nuevo… Odio, crueldad, ira, afán de caza. Siempre caza… Caza brutal…

Va a atacarme. A asesinarme él mismo. A matarme ante los ojos de Honor. Él, que tiene la culpa de todo…

No lo tolero. No puedo tolerarlo. Por Honor. Por todos…

Salto sobre lord Conrad. Caigo sobre él. Le oigo aullar, cuando

clavo mis colmillos en su carne. El arma se dispara en sus manos. Un chorro de proyectiles de plata brotan a la vez, silban cerca de mí… Cae de espaldas, sangrante…

Y la cabeza me da más y más vueltas. Unas manos femeninas me tocan, me aferran.

—¡No, Ross, mi vida! ¡No lo hagas! —La oigo jadear—. ¡No mates a ese canalla, a ese monstruo! ¡No merece la pena! ¡No seas tú también un asesino! ¡Te amo, te amaré siempre, y recordaré este momento con dolor y con amargura!

Suelto a lord Conrad, que sangra en tierra. Miro a Honor. Le extiendo mis zarpas, la rozo sin un solo rasguño.

Quisiera musitar, confesarle:

Yo… yo también te quiero… Honor, vida mía… Pero sólo un rugido escapa de mi garganta.

Luego, todo se oscurece ante mí. Caigo de bruces. Y pierdo la noción de cuanto me rodea…

Supongo… supongo que esto es el fin.

CAPÍTULO III

(Del relato de Ross Haggard)

—Ross… Ross, mi vida…

Abrí los ojos. La miré.

No, no era posible. Aquello tenía que ser un sueño. Simplemente un sueño. ¿O era todo lo demás lo que había soñado?

Cerré los ojos de nuevo. Traté de pensar. Sentí el roce de sus labios en mi rostro, en mi propia boca.

—Honor… —susurré.

Y escuché mi propia voz. La mía. Nada de rugidos. Nada de sonidos inarticulados y monstruosos. Mi voz. El sonido de la voz de Ross Haggard…

Abrí los ojos, esta vez definitivamente. Nos miramos ambos. Estaba tendido en alguna parte. Ella se inclinaba sobre mí.

—Ross, ¿te encuentras bien?

—Sí… —musité—. Creo que sí…

Mis ojos rebuscaron, curiosos. Un techo blanco, olor a esmalte, un tragaluz redondo, una cortinilla que se mecía. Olor a salitre. Trepidar de máquinas. Algo golpeando los muros allá afuera.

El mar. Una embarcación…

Me estremecí. ¿Y la isla? ¿Y lord Conrad? ¿Y la dantesca noche del sábado al domingo?

—*Lord… lord* Conrad… —susurre.

—Muerto —dijo ella—. Ha muerto.

La sensación de culpabilidad me asaltó. Horribles pensamientos angustiosos laceraron mi mente.

—¡Muerto! —gemí—. Dios mío… Yo le maté… ¡Le mate…!

—No. Ross —negó ella suavemente—. Tú, no…

—Pero le ataqué… No puedes mentirme…

—Le mordiste. Eso fue todo. No murió de eso, Ross, debes creerme… Ross, ¿es que… recuerdas todo? ¿Ahora sabes quién eras realmente? ¿Tus dos personalidades?

—Sí, ahora sí… —gemí—. Ross Haggard… y el hombre-lobo. ¡El hombre-lobo, Honor…!

—Lo sé, lo sé. Debes calmarle. Lo vi todo. Y entonces supe cuánto podía quererte… como imagine que también tú me amabas… puesto que tus garras me acariciaban, en vez de dañarme. Oh, Ross, fue terrible y maravilloso a la vez…

—Pero, Honor, has dicho… has dicho que lord Conrad… ha muerto.

—*Sir* Clemence le mató. Su mejor amigo. Fue también el mejor cazador, Ross. Tuvo que hacerlo, porque era la única forma posible… Lo cierto es que no podrá alardear de su gran cacería ante nadie. También se quedó en la isla… sin vida.

—¿Muerto *sir* Clemence? Pero, Honor, por Dios, explícate…

—Es fácil de imaginar. Ross… El doctor Castle había investigado tanto que incluso creía tener una vacuna contra los hombres-lobo y su rara y antiquísima dolencia. Por eso te clavó una aguja con la sustancia que él creía eficaz. Si era así, en pocos minutos tu naturaleza sufriría una alteración contraria a la natural en tu dolencia… y dejarías de ser hombre-lobo para siempre.

—Dios mío…

—Pero el efecto de ese anticuerpo no influía en quienes tú mordías. Inoculaste el mal a lord Conrad… y, de un modo tan virulento, que poco más tarde se transformaba y huía al bosque, convertido en una fiera. *Sir* Clemence le cazó sin piedad, pero él, en su agonía, logró aferrar a su eterno rival… y murieron juntos.

—¿Y… *lady* Felicia Conrad?

—Ya había sido cazada por *sir* Clemence. Por eso, al morir lord Conrad, que había pasado a ser automáticamente el único hombre-lobo existente en la isla, la computadora actuó mecánicamente, deteniendo el proceso de aislamiento total. Pudimos salir de la isla, y ahora navegamos de vuelta a Inglaterra. Castle te va a hacer examinar por un equipo de biólogos especialistas, pero confía en que todo rastro del mal desaparezca, y más cuando te aplique las otras tres vacunas de que dispone, para mayor seguridad…

—Parece como si hubiera existido un castigo supremo contra

lord Conrad —murmure—. Él imaginó esa bárbara cacería, invitando a cenar y a divertirse a unos monstruos a quienes pretendía aniquilar como en un juego, ¡y él resultó ser el monstruo con cuya muerte todo volvería a la normalidad!

—Ross, lo importante es que sí fueron aniquilados los monstruos. La pobre *lady* Felicia… y tú. Ahora eres solamente Ross Haggard.

—Resulta curioso comprobar cómo pude ser a la vez dos seres diferentes, sin saberlo cuando era Haggard, pero teniendo en mi subconsciente la certeza de que era un hombre-lobo. Sólo muy de tarde en tarde se producía la transformación maldita… y tenía que ocultarme en sitios oscuros, horrorizado de mí mismo, rugiendo en mi desconsuelo, para no hacer daño a nadie.

—Lo imagino, Ross. Castle afirma que ya nunca más ocurrirá eso.

La miré, con cierto alivio. Algo me atormenta aún en mi interior.

—Pero, Honor, si somos… marido y mujer…, imagina que un día… yo…

—Nunca sucederá —me cortó ella, con energía—. Estoy bien segura de ello, Ross. Pero si sucediera, estate bien seguro de que yo misma te llevaría a un lugar donde nadie te viese y donde pudieras permanecer oculto, esperando a la normalidad. De cualquier modo, tengo fe en tu curación. Lo comprobaremos una vez casados… saliendo juntos a un sitio solitario… bajo la luna llena.

—Será muy arriesgado —me estremecí.

—Pero también será una prueba decisiva, querido —dijo, volviendo a besarme. Y supe que no podría negarme a ello.

Honor Shelley, que pasó toda su vida profesional entre monstruos cinematográficos, había elegido a un auténtico monstruo para esposo. O lo que quedara de él.

* * *

La prueba ha resultado.

Son muchas las lunas llenas que he visto sobre mi cabeza. Muchos plenilunios hemos buscado parajes solitarios, donde Honor se arriesgaba a la terrible prueba con un valor y un heroísmo

increíbles. También con una fe avasalladora.

No sé si fue la vacuna del doctor Castle o su fe. Pero estoy curado. Total y definitivamente curado.

En cuanto a nuestros hijos…

He preguntado a Castle y a sus compañeros de experimentaciones. Todos coinciden: al desaparecer mi dolencia, no existe herencia posible del mal. Está extirpado, de un modo definitivo, de los Haggard. A menos, hasta que un hombre-lobo dotado de poder de transmisión, como fui yo, me llegue a morder un día.

Por eso procuro eludir toda clase de monstruos. Incluso los de las películas de terror.

Honor, naturalmente, no trabaja ya en tales cosas.

No creo que existan muchos lord Conrad por el mundo. Pero de cualquier manera, y de un modo sistemático, Honor y yo tenemos por costumbre rechazar todas las invitaciones que recibimos, ya sea para un *week-end*, ya sea simplemente para una cena.

No es por nada, pero…

F I N



JUAN GALLARDO MUÑOZ. Nació en Barcelona el 28 de octubre de 1929, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal. Los primeros pasos literarios de nuestro escritor fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario *Imperio*, de Zamora, y en las revistas barcelonesas *Junior Films* y *Cinema*, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix.

Su primera novela policíaca fue *La muerte elige* y a partir de ahí publicó más de 2000 títulos abarcando todos los géneros, ciencia ficción, terror, policíaca, oeste…, es sin duda alguna unos de los más prolíficos y admirados autores de bolsilibros (llegó a escribir hasta siete novelas en una semana).

Los pseudónimos que utilizó fueron Curtis Garland, Donald Curtis, Addison Starr o Glen Forrester.

Además de escribir libros de bolsillo Juan Gallardo Muñoz abordó otros géneros, libros de divulgación, cuentos infantiles, obras de

teatro y fue guionista de cuatro películas: *No dispares contra mí*, *Nuestro agente en Casablanca*, *Sexy Cat* y *El pez de los ojos de oro*.

Su extensa obra literaria como escritor de bolsilibros la desarrolló principalmente en las editoriales Rollán, Toray, Ferma, Delta, Astri, Ediciones B y sobe todo Bruguera.

Tras la desaparición de los libros de bolsillo, Juan Gallardo Muñoz pasa a colaborar con la editorial Dastin. En esa etapa escribió biografías y adaptaciones de clásicos juveniles como *Alicia en el país de las maravillas*, *Robinson Crusoe*, *Miguel Strogoff* o el clásico de Cervantes *Don Quijote de la Mancha*, asimismo escribió un par de novelas de literatura «seria», *La conjura* y *La clave de los Evangelios*.

En 2008 la muerte de su esposa María Teresa le supone un durísimo mazazo pues ella había sido un sólido soporte tanto en su matrimonio como en su producción literaria. Es a ella a quién dedica su libro autobiográfico *Yo, Curtis Garland* publicado en la editorial Morsa en 2009. Un interesantísimo libro imprescindible para los seguidores de Juan Gallardo Muñoz.

Su último trabajo editado data de Julio de 2011 y es una novela policíaca titulada *Las oscuras nostalgias*. Continuó afortunadamente para todos los amantes de bolsilibros ofreciendo conferencias y charlas con relación a su extensa experiencia como escritor, hasta el mes de febrero del 2013 que fallece en un hospital de Barcelona a la edad de 84 años.

Notas

[1] Un personaje de *Drácula*, de Stoker, habla de esa cuestión, en idénticos términos, en el inicio del relato de Jonathan Harker. En realidad, el autor no hace ahí sino aludir a una superstición de los ingleses y también de los eslavos. <<

[2] *Waxman*, en inglés, significa «hombre de cera». Recuérdese que en *El museo de las figuras de cera*, película realizada en versión muda y posteriormente en 3-D, el criminal, de monstruosa fealdad, cubre su auténtico rostro con una perfecta máscara de cera que le hace aparecer como un ser normal. < <

[3] Aquí, es inevitable recurrir a la fonética inglesa del nombre, para entender el juego del autor. Las palabras «Moon-Star» (Estrella de Luna), se pronuncian, figuradamente de un modo parecido a «muunstar». Si ese sonido de «uu» pasa a ser una «u» breve o dudosa, que suene casi a «o» en fonética sajona, y la «a» de «star» se pronuncia como una «e» o poco menos (cosa harto frecuente en inglés), tendremos fonéticamente el nombre «MONSTER», que equivale a la palabra «monstruo». (N. del E.). < <